

# 38.<sup>a</sup> CONFERENCIA

## TEMA

Balmes y Donoso Cortés.—Orígenes y causas del ultramontanismo.—Su historia y sus transformaciones.—Relaciones del Estado con la Iglesia española y con la Santa Sede.

### ORADOR

D. ALEJANDRO PIDAL

Tal es, señores, el tema que la Junta de Gobierno de este Ateneo ha encomendado á mi solicitud, y aunque en la carta en que se me comunica el encargo, se dá el nombre de *histórica* á esta conferencia, no he vacilado un momento en suponer que no era una relación biográfica y cronológica lo que la Junta directiva del Ateneo me pedía, relación que no necesita seguramente la ilustrada memoria de ningún socio, sino mi opinión, la opinión de la escuela ó tendencia que mejor ó peor represento acerca del movimiento político-religioso español en el crítico período de lo que va de este siglo, y que tan gallardamente se simboliza en los dos nombres que encabezan el tema y que constituyen ya, por consentimiento unánime de propios y extraños, no sólo dos glorias particulares de la religión, sino dos glorias universales de la patria.

### I

Balmes y Donoso Cortés, el polemista catalán y el orador extremeño, son, con efecto, tanto por la índole peculiar de su inteligencia y de sus obras, como por los sucesos en que intervinieron con su palabra ó con su

pluma, el núcleo ó foco de que irradian y á que pueden ser lógicamente reductibles todas las escuelas que han militado en el Catolicismo español, en lo que vá de este siglo, y con quienes se pueden relacionar todos los sucesos ya tristes y dolorosos, ya prósperos y alegres, que han afligido ó regocijado la historia de la Iglesia católica, en la España contemporánea.

Sin duda, que aun sin salir de la esfera de los que forman á la cabeza de distintas huestes é iniciaron y simbolizaron tendencias várias y resistencias gloriosas, podríamos encontrar antecesores y precursores de estos dos publicistas en la obra en que trabajaron, y no sería gratuito señalar en algunos de los que viven ó que aún muestran removida la tierra que se arrojó sobre su sepulcro, los continuadores de sus respectivas empresas y hasta sus contradictores más funestos y los que más sólidamente llevaron á la perfección sus tentativas. Pero con acierto el Ateneo ha fijado, de acuerdo con la historia, estos dos nómbrs que tanto por irradiar en el zénit del ciclo de que se trata, como por la consagración que de ellos ha hecho la pública opinión, como por hallarse ya fuera de la atmósfera caldeada de nuestras pasiones, simbolizan mejor que otro alguno la lucha de eso que, con mayor ó menor propiedad, se ha dado en llamar *Ultramontanismo*, en frente del *Cesarismo* propiamente tal, que heredado directamente del *Antiguo régimen*, conservó cuidadosamente la *Revolución*, como elocuente enseñanza para la historia y como saludable lección para los pueblos.

Distintos y aún separados por el carácter especial de su génio, por la índole de sus trabajos, hasta por el teatro de su acción y aún por las épocas en que principalmente figuraron en la escena, y más aún, á nuestro modo de ver, por la naturaleza de las escuelas que representaron, los identificó por cima de todo, los *principios* de la Religión que fervorosamente profesaron, y el

*fin* que más ó menos confiadamente se propusieron: fin que no fué otro en realidad que la pacificación universal de las conciencias y de los corazones, juntando en uno, con apretado lazo de unión y de concordia, el amor á la fé y á la razón, á la Religión y á la ciencia, á la Iglesia y al Estado, al orden cristiano y á las libertades públicas, uniendo de este modo las tradiciones gloriosas del pasado con las generosas aspiraciones del porvenir: la España histórica, en suma, con la España contemporánea, abrazadas y confundidas bajo el sólio augusto de la monarquía y con las bendiciones maternales de la Iglesia de Dios.

Estudiando, pues, la historia y los resultados de su acción, en los caracteres de su doctrina que tanto influjo ejerció durante su vida y en su siglo sobre las generaciones que atravesaron, cuando aún resonaba su voz, el suelo de la patria, podremos apreciar como en su germen, con la aproximación que tales estudios consienten, mejor que perdiéndonos en la intrincada selva de sucesos al por menor, los caracteres que debió ofrecer en esta época perturbada la defensa de la doctrina ultramontana que, reaccionando contra el principio protestante de la supremacía del poder civil sobre el poder religioso, que se había introducido en nuestra patria durante el régimen de la monarquía absoluta, proclamaba la distinción y la armonía de ambos poderes en frente de las invasiones y las opresiones del espíritu regalista, jansenista, galicano y secularizador de la revolución española.

He dicho, señores, que la *paz* fué el fin que se propusieron en sus trabajos ambos escritores; y conviene aquí declarar antes de pasar más adelante, á qué *especie de paz* nos referimos, que no es ni podrá ser otra, ciertamente, que aquella única y definitiva paz en la verdad y en la justicia, que después de pedir *gloria para el Señor en las alturas* pide *para los hombres de buena*

*voluntad ací en la tierra* la Iglesia de Dios en sus oraciones más solemnes.

Que no se nos oculta que inútil, y tras de inútil perjudicial, sería tratar de apaciguar con vergonzosa tregua la lucha civilizadora y fecunda que entre el bien y el mal y la verdad y el error se viene riñendo desde los primeros instantes de la creación, en todas las esferas de la actividad del espíritu humano y más especialmente en la que trata de relaciones tan trascendentales para la libertad del individuo, de la familia y de la sociedad, como las del Estado con la Iglesia.

Esta lucha ó es la ley del trabajo, fundamento de la ley del progreso, ó es aquella de *Las dos Ciudades* que consignó la vigorosa pluma de San Agustín como clave y cifra de la historia; y sabido es que no es bien que tal lucha acabe más que con la victoria definitiva del bien y de la verdad por definitiva derrota también ó total desaparición del mal y del error sobre la tierra. Mientras tanto, como dijo bellísimamente Lacordaire, «sus espadas cruzadas en la pelea son el mejor arco triunfal que se puede levantar á la marcha de la civilización vencedora.»

Pero si esta lucha ha de durar, y conviene que dure mientras no se venza, hay otra lucha triste y dolorosa por demás, que es la *guerra civil* que entre los elementos generosos del bien, surge á veces por lamentables equivocaciones. No me refiero aquí á la lucha entre los miembros afiliados á una misma Iglesia. Me refiero á la lucha entre los hombres de buena voluntad.

Sé que aun con respecto á la católica hay dos Iglesias: la *visible* y la *invisible* y sé que no son precisamente los mismos todos sus miembros. Pues, bien, yo quisiera, que así como á la voz de Dios habrán de manifestarse unidos en la segunda, los que tal vez aparecen separados en la primera, así los que pelean por parciales aspectos de la verdad, por distintas porciones de

bien, disipando las nubes que los ofuscan y desvaneciendo las malas inteligencias que les séparan, comprendiesen la unidad total de la verdad y del bien y por tanto la solidaridad de las causas que respectivamente defienden.

Entonces veríamos formando juntos en las mismas filas á los que pelean por Dios, por la ciencia, por la libertad y el derecho, por el progreso y la civilización en todas sus legítimas manifestaciones; y esta guerra santa solo sería en realidad contra los espíritus díscolos y mal intencionados, fautores de la tiranía y del despotismo, apóstoles convictos del error y soldados asalariados del mal, que expulsados de todos los campamentos formarían el ejército ó la legión de los hombres de la violencia y del odio enfrente de la *Iglesia visible de los hombres de buena voluntad*.

A esta pacificación, era á la que con mayor ó menor confianza en su realización, ó sin ella, aspiraban los dos espíritus generosos de que se trata á través de todas las dificultades sugeridas por los violentos y los díscolos de uno y otro campo que saben que sólo triunfan y prevalecen, cuando rotas las hostilidades en toda la línea, se hacen imposibles los procedimientos de la razón y del buen sentido.

Crítica por demás y solemne era la época en que florecieron los dos mantenedores de esta empresa crítica y solemne para Europa, y especialmente crítica para España.

Sabeis que al final de la edad moderna pareció como llegada la hora apocalíptica del triunfo del mal en esta Europa que habitamos. El espíritu de Voltaire parecía haber realizado su propósito de *aplantar al infame*; y pueblos sin Dios, magistrados sin conciencia, reyes sin honor y hasta sacerdotes sin fé, parecieron haberse dado cita entre las sombras de la noche para asistir al descuajamiento de raíz del árbol glorioso de la Cruz

en que se había redimido el Universo, y á cuya sombra se habían desarrollado esplendentes los gérmenes de la gran civilización europea desprendidos de su seno. Sabeis también cómo el hoyo que dejó la Cruz al caer se llenó de sangre y de cieno, en el que, juntamente con los convocados en sus orillas para ver mejor la caída definitiva de la Cruz, se hundieron uno tras otro sus verdugos: todos, en fin, los que habían pretendido enterrar en aquel abismo hasta la memoria del nombre cristiano.

Y, sin embargo, hoy ya puede asegurarlo la historia. El espíritu que flotaba sobre aquellas ensangrentadas aguas no era otro que el espíritu invisible de Dios. ¡El espíritu de Dios, que como sobre la superficie de los abismos de las grandes aguas en los momentos caóticos de la creación, flotaba sobre aquel *mar muerto* de la conciencia humana, en que sólo parecía que podía flotar el espíritu de las tinieblas!

Porque no en vano, como consignó la pluma de un elocuente apologista, no en vano es cierto que *el alma es naturalmente cristiana*, y apenas libre de toda presión interior ó exterior, vuela como á su propio centro á su luz, como único, real y apropiado bien que puede dar satisfacción á sus indefinibles anhelos.

Así fué que apenas descargada la ira santa de Dios sobre los reyes y los pueblos conjurados como los antiguos titanes contra el cielo, apenas abierto el paso á la cólera de su divina justicia, por entre los escombros y las ruinas que el descenso de las aguas iba dejando descubiertas en torno de la *gran pirámide* que según la frase del gran historiador inglés, apareció intacta y dominadora sobre las arenas del desierto en que la revolución había convertido á la antigua sociedad, empezaron á surgir voces de resurrección y de vida, llamando las miradas de la humanidad á lo alto; y á los acentos de estas voces, todo cuanto en la hu-

manidad había de generoso y de noble se levantó como un solo hombre entonando en coro cánticos de amor é himnos de entusiasmo á sus olvidados ideales. Fué entonces cuando la voz elocuente y avasalladora de *Chateaubriand* desplegó ante las generaciones alestargadas, las *grandezas del Géneo del Cristianismo*, y á este adalid de las vanguardias cristianas que apareció como precursor de la gran restauración espiritua- lista en los horizontes de la historia, siguió aquella glo- riosa compañía de héroes y de géneos, compuesta de los nombres más ilustres de nuestro siglo, de sus más legítimas glorias, de los que iniciaron y llevaron á ca- bo las gigantescas restauraciones de la ciencia, de la literatura y del arte, marcando con su garra de león su huella real tan alto que—triste es decirlo—muertos ellos, nadie ha podido rayar á su altura más que con el auxilio de artificiosos andamiajes.

Fué aquella la edad heróica de los géneos. Adivina- ron los horizontes, abrieron los caminos, iniciaron las empresas... y perecieron.

El viajero halla hoy, medio cubiertas por flores sil- vestres, las piedras miliarias que dejaron levantadas á su paso... pero en vano sigue más adelante. Aunque posea itinerarios más perfectos, tiene necesidad de orientarse, si ha de ser fecunda su investigación, en los puntos culminantes consagrados por la marca im- perecedera del géneo.

A la voz de estos generosos apóstoles, á cuya cabeza, como soberano y como símbolo, se destacó por fin la figura sublime de *Pío IX*, procurando unir con ambas manos las aspiraciones legítimas de su tiempo y los ideales de la Religión y de la Iglesia, la historia pudo consignar en sus páginas una de esas fechas memorables en los fastos de la huma- nidad, en que, desvanecidas todas las nieblas, apareció radiante el faro salvador de la Religión alumbrando los

caminos reales de la libertad y las sendas abiertas del progreso. Salvo los espíritus díscolos y sectarios que sólo aspiran al triunfo de sus odios y al logro de sus intereses particulares y que se afanan por destruir á Dios ó hacerlo odioso á todo corazón puro, el resto de la humanidad, tranquilizada en su conciencia, podía unir en una misma aspiración y en un mismo símbolo sus creencias religiosas más acendradas y su amor á la patria y á la humanidad más ardientes. Fuéles necesario á la revolución y al despotismo arrancarse de una vez la careta y proclamarse en toda su horrible fealdad, para llevar á cabo sus designios; y el mal, despojado ya de sus apariencias de bien y de toda sombra de pretexto, emprendió esa campaña del mal por el mal que tan odioso ha hecho el nombre de sus corifeos en Europa.

España vió reproducirse en su seno este espectáculo en la medida correspondiente, y aunque mezclado y confundido con el problema dinástico, no por eso se mostró aquí menos claramente el problema religioso y social, tal como en toda Europa se había planteado.

La guerra de la Independencia fué el primer depurador de las nieblas que lo rodeaban. Fuera de los ímpíos afrancesados, que no vacilaron en confirmar que el patriotismo tiene su más firme base en la Religión, entonando himnos vergonzosos al invasor, al propio tiempo que sañudas diatribas contra la Iglesia, las clases todas de la sociedad, los partidos todos rivalizaron en dar muestras de amor á la independencia de la patria y al esplendor y gloria de la Religión que la había formado. El espíritu de reforma sabia, prudente y generosa que en Francia había hecho explosión en los famosos cuadernos del 89, tuvo en España sublime personificación en la grandiosa figura de Jovellanos.

El anhelo de consagrar las libertades públicas y políticas y la fé en los dogmas y el amor á las instituciones de la Iglesia palpité en casi todos los corazones á

un tiempo, en la aurora de nuestra liberación; y si las persecuciones á la Iglesia no hubieran precipitado á muchos de sus hijos en los brazos de la reacción y del absolutismo, el concurso de todos hubiera impedido que, merced á la separación definitiva de unos y otros, introdujese la impiedad sus máximas disolventes de todo orden y de toda libertad, mezclando con la restauración de las instituciones tradicionales de la patria, el virus inoculado en sus venas por las bayonetas que se acababan de clavar en el corazón de su independenciam.

No sucedió así, por desgracia; á la confianza y á la armonía sucedieron la desconfianza, el ódio y la discordia.

Desoyendo el grito unánime de la nación, la voz de la Junta Central, las severas amonestaciones de Jovellanos, en vez de restaurar el espíritu tradicional de nuestras patrias libertades, nacidas y desarrolladas á la sombra de la Cruz, se conservó la Cruz, pero á su sombra se pretendieron aclimatar las doctrinas de la revolución francesa que había brotado del seno del contrato social y florecido al pié de la guillotina. Los espíritus religiosos, los sacerdotes y hasta los frailes, que se habían señalado en el ardor y en el entusiasmo con que habían acogido la era de las reformas, se replegaron asustados, cuando en vez de la libertad española y cristiana, vieron aparecer la tiranía licenciosa, revolucionaria y francesa. Los espíritus monárquicos retrocedieron al ver la antigua corona de sus reyes rematando todavía, es verdad, con la Cruz, pero forrada con un gorró frigio. Los espíritus patrióticos y sensatos que habían derramado su sangre en defensa de la nacionalidad española, se preguntaban á qué fin habían regado con tan generoso licor los campos para impedir la entrada en el seno de la nación de lo que habíamos de adoptar gratuitamente más tarde: y mientras todos estos espíritus retrocedían temerosos, é inconsiderada-

mente se refugiaban en brazos de una reacción sin salida, los espíritus innovadores, llevados de su inocente generosidad y de su inexperto entusiasmo, cercados en rededor por la muerte, desafiaban heróicos las iras del coloso de la revolución, al mismo tiempo que secundaban serviles su obra de demolición y de ruina.

Divorciados así los espíritus generosos, los hombres de buena voluntad, pronto preponderó sobre ellos, en uno y otro campo, la levadura de la *violencia*, el partido de la *mentira* y del *odio* y en breve se hacinaron los materiales que tanto alimento habían de dar á la desastrosa guerra civil sofocando las voces que intentasen hablar de unión y de concordia.

Espectáculo triste y desolador el que entonces ofreció la gloriosa nación española. *Blancos* y *Negros* asolaron la patria y deshonoraron la Religión y la libertad, respectivamente. La *cuestión dinástica* vino á aumentar la confusión y la discordia. *Pecados de sangre*, como la horrorosa matanza de los religiosos por las sociedades secretas en Madrid y en provincias, abrieron abismos insondables entre los representantes de uno y otro bando. Medidas tan radicales como la *desamortización*, imposibilitaron toda solución salvadora y de discordia, exacerbando más y más los ánimos y creando intereses poderosos al partido de los irreconciliables, y, por último, la abolición del diezmo, la supresión de instituciones religiosas, la persecución de obispos y sacerdotes, tuvo su coronación definitiva con el *cisma* jansenista que, plagiando á los teólogos del despotismo monárquico, quisieron llevar á cabo los teólogos de la re-gencia de Espartero.

Así, todo estaba ya separado; la Religión y la Patria, la Iglesia y el Estado, el Papa y el rey, y con ellos la razón y la fé, la Religión y la ciencia, el Catolicismo y la libertad, y los españoles de buena fé divididos unos de otros, es verdad, pero mezclados con los que, tanto



en uno como en otro campo, sólo aspiraban al triunfo de sus miras particulares, de sus intereses privados y de sus ódios y rencores personalísimos.

Y como lema y bandera de ambos campos, dos nombres de la misma familia, de la familia real reinante, que dividida por efecto y como causa á la vez de las discordias civiles, simbolizó con su división todos los horrores y toda la confusión que envolvían de uno á otro extremo nuestra patria, hasta el punto de darse el espectáculo de que los *tradicionalistas* ó defensores de la voluntad de los *monárquicos puros* se opusieran á la *voluntad expresa de su rey* y á las *tradiciones más gloriosas del reino*, declarándose partidarios de la ley sálica, mientras que los liberales *innovadores*, representantes del *espíritu moderno*, se presentaban como los campeones del derecho *histórico y tradicional* de la *España de la Edad Media* en virtud de las cuales había reinado en España la por ellos aborrecida *Casa de Austria* y la *Casa de Borbón*, las *dos fautoras del absolutismo* en España.

Triste, tristísimo espectáculo en verdad el que presentaba España para todo buen católico y para todo buen español. De un lado, el *antiguo régimen* con sus recientes tradiciones absolutistas, jansenistas y regalistas; de otro, la *revolución* con sus innovaciones demagógicas, secularizadoras, desamortizadoras y láicas; de ambos lados la tiranía, el despotismo, la arbitrariedad. La libertad en ninguno.

Porque se ha olvidado demasiado pronto por unos y otros partidarios de las dos formas de Gobierno, que si el régimen constitucional fué regalista, desamortizador, secularizador y cismático, regalista, cismático y secularizador había sido el régimen absoluto, á su vez, y que si el partido liberal exaltado se caracterizaba por la expulsión de los Nuncios, la milicia nacional y la persecución de los Prelados, también el partido absolutista

exaltado se había caracterizado en su tiempo por la persecución de los Obispos, los voluntarios realistas y la expulsión de los Nuncios de Su Santidad; y la paridad de ambos sistemas en su desprecio del derecho, de las leyes y de la libertad, tanto desde el punto de vista del derecho común, como del de los derechos y libertades de la Iglesia, en nada resalta tanto, como en las dos famosas tentativas de cisma en que casi coincidieron los ministros de Carlos IV y Espartéro, identificados en su propósito, tan absurdo como impío, de separar la nación española de la comunión de los fieles, haciendo de la *Religión Católica* una *secta* con apariencias de *Religión nacional* de la que fuese *Pontífice supremo* el *depositorio del poder civil*: última palabra del eterno credo de la tiranía.

Y no queremos dejar de consignar que si los anales del régimen representativo aparecen manchados con el nefando crimen de la matanza de los religiosos, el régimen absoluto ostenta en los suyos la bárbara expulsión de los Jesuitas, que no sólo no desmereció en horrores (por ser menos violentos y escandalosos, aunque más largos), del primero, sino que por ser obra *directa y legal* de la *autoridad legítima*, que *castigó con pena de muerte* hasta la defensa literaria de las víctimas de tan cruel atentado, ofrece á nuestros ojos caracteres más odiosos y trascendentales.

Vióse, pues, en España al pormenor lo que ya sabíamos de antemano por haberlo puesto en claro la revolución francesa; es á saber: que á pesar del ódio y saña aparente que se profesan, son en realidad idénticos ante la historia en su espíritu *cesarista* el *antiguo régimen* que pereció al ocaso del pasado siglo y la *revolución* que lo derribó y lo sustituyó en las albares del presente. Demostrándose así por evidente manera, que no está tanto en las formas de gobierno, en los partidos políticos, ni en los sistemas sociales el remedio á los

males de la humanidad, como en el espíritu que los informa, que sólo cuando está inspirado prácticamente por la fé divina, la recta razón y el corazón puro, deja de obedecer á los instintos concupiscentes y violentos que tan poderosamente trabajan nuestra flaca naturaleza.

Sea de esto lo que quiera, el caso es que en este tris-tísimo estado de los ánimos y de las cosas fué cuando resonaron en España las dos voces que han logrado traspasar las fronteras de la patria y de su época, despertando la dormida atención de Europa sobre nosotros y forjando dos personalidades gloriosas que la historia ha colocado ya definitivamente en el museo de sus grandes hombres: Balmes y Donoso Cortés.

Estudiemos separadas estas dos glorias de la Religión que, por universal asentimiento de los extraños mismos, como hemos dicho ya, son dos glorias de la patria, y veremos cómo el secreto de su celebridad europea descansa, no sólo en la grandeza de sus facultades, sino en lo puro y recto de su intención y sus propósitos, en lo sólido y elevado de su fin, en lo castizo y nacional de su significación y su sentido y en lo grandioso é imperecedero de la causa que simbolizaron.

Y aquí la buena fé me obliga á advertiros que tal vez debiera yo haberme recusado para tratar este asunto por algo especial, pero invencible, que siempre hallé en mí, reconociéndome en minoría y casi casi en soledad respecto á la generalidad de las gentes, sobre todo de los católicos y más aún de los católicos extranjeros, y es un entusiasmo reflexivo pero avasallador por los escritos de Balmes y una repulsión espontánea y nativa (aunque yo la creo reflexiva también) hácia las obras de Donoso, que me ha obligado en mis conversaciones particulares á ensalzar tanto el nombre del primero, como á deprimir el del segundo, enfrente de la afirmación unánime de los admiradores de los dos. Prometo, sin em-

bargo, no dejarme llevar de mi impulso en este particular y como fiel narrador expondré aquí, más que mis particulares preferencias, el juicio autorizado de la historia.

## II

A mi padre D. Pedro José Pidal cupo la gloria de ser el primero que llamase la atención distraida del público político y literario de Madrid, sobre la primera obra de Balmes, el opúsculo sobre *los bienes del clero*, en un artículo de la entonces famosa *Revista de Madrid*, en que se dió á conocer á este personaje.

Fué aquello como una revelación. Entre la gárrula gritería de las pasiones exaltadas por la sangre de la guerra civil, resonó una voz serena y sábia que, más que al dogma y á la ley, pedía explicación y soluciones al buen sentido y á la naturaleza de las cosas. No se crea por esto que era vulgar y rastrera en sus razonamientos, nó. Por el contrario, á sus elocuentes evocaciones surgía como por encanto el pasado revelando sus enigmas y sus misterios. La historia abría su seno generoso á las miradas profundas del investigador y las leyes eternas de la sociedad tomaban la palabra para explicar los hechos más controvertidos y desvanecer las calumnias más acreditadas.

El éxito de aquel escrito fué tal, que popularizó un nombre y envileció una reforma.

Sea el que quiera el resultado histórico, político y social de la desamortización, representantes autorizados de todas las escuelas y de todos los partidos políticos llevan ya declarado á estas fechas, en la hora solemne de sus públicas expansiones, que Balmes era un génio superior y que la desamortización fué un escandaloso latrocinio, al propio tiempo que un lastimoso despilfarro.

No fué, con esto y todo, este opúsculo el que más alto elevó el nombre de Balmes en Europa. Era aquello un como á modo de prólogo y ensayo: prólogo de su obra fundamental; ensayo de las colosales fuerzas del autor. Abarcando con su mirada de águila el vasto panorama de la civilización europea, descubriendo los gérmenes del mal que pugnaban por esterilizar tantos esplendores del bien como brillaban en su seno, comprendiendo que en aquel campo, como en cerrado palenque, se daba la grande y definitiva batalla entre el principio salvador del orden y la negación disolvente de la revolución, tomando pretexto de unas afirmaciones trascendentales en realidad, aunque sin importancia en la apariencia con que el gran doctrinario y ferviente calvinista francés caía, sin conocerlo, en los mismos males que lamentaba y que volvía á inocular, al tratar de libertar de ellos á su patria y su siglo, levantó el monumento imperecedero de su gloria y de la gloria de la Cristiandad, en esa obra de páginas de oro que ha dado ya tres veces la vuelta al mundo, dejando á su paso, como estela de luz, entre el murmullo de asombro de las generaciones, escrita con caracteres de fuego, con el nombre de *Balmes* glorificado, la reivindicación para el Catolicismo de todas las ideas grandes, de todos los sentimientos nobles, de todas las obras santas que registra la civilización europea como creadas ó restauradas, ó vigorizadas y amparadas por él, á la sombra de sus santuarios; y para el principio individualista y destructor, de la rebelión fatalista y herética, todas las vergüenzas de la barbarie que la deshonró y todos los horrores del salvajismo que la amenaza enseñándola como ideal, en vez de la actividad fecunda del Occidente en toda la plenitud de su ser, que soñó para ella el génio civilizador de la Iglesia, la noche tenebrosa y sin fin del *Nirvana* oriental con que le brindan á la hora misma de hoy, como última re-

velación de su inteligencia y último esfuerzo de su voluntad, los últimos descendientes del espíritu de Lutero.

¿Cómo llevó á cabo esta obra? ¡Ah! no espereis que os condense yo, en un solo rasgo de mi pluma, todas las maravillas de adivinación, todos los tesoros de ingenio, todos los raudales de luz, todas las opulencias de investigación y de estudio, todos los abismos de meditación y todos los esplendores de arrebatadora elocuencia que se combinan y se armonizan en aquellas páginas maravillosas, derramándose por su texto como vistosa cascada de preciosa y rutilante pedrería.

Para apreciarlas en todo su valor, abridlas, y si después de abiertas las podeis cerrar un momento, comparad, comparad aquella razón firme, serena, vigorosa, pujante, que rige y que domina tanta muchedumbre de ideas, tanto lujo de erudición, tanto derroche de poesía, con esas áridas, escuetas, interminables y soñolientas disertaciones que nos vienen del otro lado del Rhin, con esas livianas y endebles producciones que nos envían de las orillas del Sena, con esa fantasmagoría llena de bengalas, de colorines, de cascabeles y de oropel con que por acá nos marean los ojos y nos aturden los oídos, los que revuelven en confuso tropel los siglos y las edades, los sistemas y las escuelas, las religiones y las razas, los imperios y las repúblicas, produciendo sólo una confusa *mezcla*, por ausencia del principio fundamental, del nexo lógico, del génio creador que sólo podía combinarlos, formando con tan caótico conjunto una simple é indivisa unidad, desenvuelta con múltiple variedad en el seno esplendente de la armonía.

No. La obra del *Protestantismo comparado con el Catholicismo*, de Balmes, no ha tenido rival en Europa como filosofía de la historia aplicada á la civilización europea. El resto mismo de sus obras, si se exceptúa *El Criterio* por su misma singularidad que le aleja de toda compa-

ración, están, aun salvadas las diferencias de género, muy distantes de poder competir con ella.

Por vastos y profundos que sean, y lo son mucho, los horizontes metafísicos que abre su *Filosofía fundamental*; por concluyentes y persuasivas que sean sus *Cartas á un escéptico*; por sólidos y razonados que sean sus trabajos en *La civilización*, en *La sociedad* y en el *Pensamiento de la nación*; por grandioso, audaz y magnífico que se revele y ostente su génio al desplegar sus maravillosas facultades en el supremo esfuerzo del *Pío Nono*, están muy lejos de emular aquel gigantesco y colosal retablo en que, como nuevo Miguel Angel, esculpió más que pintó, el *juicio final* de la civilización europea, arrebolando á la diestra airada del juez las glorias de la Religión Católica que redimió el espíritu, la ciencia, la mujer y el esclavo de las cadenas del pecado, de la ignorancia y de la tiranía, y sepultando en los abismos tenebrosos del mal, á su siniestra, á los que apellidando falsamente *reforma, libertad y progreso*, detuvieron la marcha ascendente y majestuosa de la cristiandad cuando tocaba ya las altas cimas de su gloria, y dejando largo trecho tras sí las sombras de la edad de hierro, ponía el pié en los alcázares de luz que la prometían sus recientes conquistas para despeñarla en los horrores de las guerras de Religión, en las tinieblas del fatalismo, en los absurdos de la interpretación privada y en los abismos de la tiranía, de la barbarie, del fanatismo y de la impiedad.

No ha faltado quien tachase el estilo de esta obra monumental y lo considerase poco en armonía con su fondo. A esto sólo debo contestar que si gramaticalmente analizado se transparenta el origen regional de su autor, como nervio y como elocuencia, no vacilo en ponerlo en parangón con lo mejor que se haya escrito en castellano; y tanto como encuentro contraproducentes los pujos de grandiosidad poética que afectó tan

eminente escritor en algunas obras insignificantes como el *Diálogo de Barcelona y Monjuich*, tanto ó más me atrevo á ensalzar la pujanza y el vigor de su estilo, cuando, sin cuidarse de la expresión, se deja arrastrar por la grandeza de la imagen, del sentimiento ó de la idea. Tengo para mí que el que no sienta ensanchársele el corazón á la lectura de muchas de las páginas del *Protestantismo*, tiene sordo el oído á los acentos de la verdadera elocuencia.

Que no es, no, el período lento y trabajosamente preparado, la falsa y artificiosa enumeración acumulada con desprecio escandaloso de la ciencia y la historia, la imagen que llena de afeites y como traída por los cabellos se aparece, las flores de trapo y los cintajos de abigarrado color que hacen semejar el discurso á los arreos de una charra ó al traje chillón y estéticamente agresivo de negro emancipado en día de fiesta: adornos exuberantes y postizos que encubriendo la severa austeridad y la sencilla belleza de las líneas arquitectónicas del discurso, hacen del grandioso santuario de la elocuencia un como á modo de *retablo churrigueresco* en que, lejos de resaltar la inspiración del escultor, y la divinidad del Dios vivo que en él se guarda, parece como que todo contribuye en él al mareo y á la confusión de los devotos que lo contemplan. Antes, por el contrario, allí la razón, como si la vistieran las alas del génio, remóntase del primer impulso á las cimas culminantes del pensamiento y de la idea, evoca á su paso los recuerdos que contribuyen á su realce y esplendor, descúbrense ante su mirada penetrante los ilimitados horizontes del porvenir, y la sentencia profunda, concisa y reveladora, esplende por fin, en el seno de la imagen deslumbradora y poética, como aquellas deidades de la antigüedad que velaban sus resplandores olímpicos para visitar á los mortales, tomando cuerpo sensible en una nube luminosa.

Si esto decimos de Balmes como escritor de filosofía de la historia, no podríamos decir otro tanto (y sirva esto de abono á nuestra imparcialidad para lo que ya queda dicho) de Balmes, como filósofo puramente especulativo. Sin desconocer su pujanza de especulación, su educación sólida y vigorosa sobre los grandes teólogos de la Iglesia, y sobre los grandes filósofos de la humanidad, sin negar el valor de sus intuiciones profundas y de sus hondas meditaciones, no le podríamos seguir en el camino por donde quiso llevar la pura filosofía. Tocado en esto como en todo del nobilísimo deseo de aceptar todo lo aceptable de todos los innovadores, dió desmesurado valor á las invenciones de Descartes, á las ingeniosidades de Leibnitz, á las discrepancias de Rosmini y á las simplificaciones (que nosotros nos atreveríamos á llamar *simplicidades*) de otros filósofos que, desconociendo el valor preciosísimo de todo átomo y molécula en este criadero aurífero de los principios metafísicos, pretenden eliminar, como rodeo enojoso, ciertas cuestiones, echando por el atajo, sin ver que es oro puro y de la mejor ley lo que tan inconsideradamente sacrifican, con gran daño suyo en el porvenir, pues la lógica, que es inflexible, les ha de pedir estrecha cuenta, dada la partida doble que lleva de lo que dá y de lo que recibe, de toda verdad que se desconoce ó se desprecia.

No era este, á nuestro parecer, el camino por donde convenía llevar á la antigua filosofía, aun para hacerla propia y apta para los novísimos tiempos. Con mayor solidez (hoy que ya la tarea es mucho más fácil) lo van consiguiendo en nuestros días, sin renunciar á nada fundamental y sin aceptar nada falso, espíritus, si nó tan vastos y brillantes, más sólida y profundamente versados en el conocimiento de los soterrados cimientos de la antigua filosofía cristiana, y en lo deleznable de las bases de ciertas pretendidas restauraciones.

Pero sea de esto lo que fuere, siempre resultará que Balmes á pesar de sus tendencias y matices cartesianos, armónicos, escoceses y fideistas, fué un gran filósofo católico y español, de la escuela perenne de Santo Tomás, por el fondo, cuyas obras casi sabía de memoria y meditando sobre las cuales se educó, tanto en el Seminario de Vich, como en aquella célebre Universidad de Cervera que, con haber sido maestra de Balmes, creo yo que desmiente el célebre dicho sobre *la peligrosa manía de pensar* que sospecho que gratuitamente se le atribuye, pues yo, que tengo la manía de evacuar citas, aún no he logrado comprobarla hasta el presente. Y si Balmes fué como filósofo continuador de la gran escuela católica y española, no por eso dejó de ser original, con la fecunda originalidad que consienten la brújula infalible de la fé y los eternos derroteros del buen sentido, sino con esa otra, más que originalidad, *extravagancia*, que consiste en dar suelta á las alas de la imaginación por las esferas del capricho. Fué original en el fondo y en la invención como lo atestigua, entre otras, su teoría acerca de la *Naturaleza de las almas de los animales*, y fué original en la forma siendo como es sabido muy dado á presentar, con fundamentos y caracteres matemáticos y con fórmulas algebraicas, los teoremas metafísicos.

Pero donde Balmes brilló como filósofo, pues al cabo á la filosofía moral pertenece, es en ese *joyel* de observaciones y de reglas cuyo título es una revelación de la inmensa necesidad que venía á satisfacer, dada la impresionable condición de los ánimos españoles, dándonos en el diminuto volumen de *El Criterio*, no sólo el *Arte de la verdad*, como se le titula en sus distintas traducciones, en el extranjero, sino como nuestro Menéndez Pelayo le califica, con feliz y afortunada calificación, una sábia y concienzuda *Higiene del espíritu*.

Que allí, entre los rápidos esbozos de caracteres que

no hubiera desdeñado la pluma anatómica de La Bruyere, entre las atinadas, profundas y juiciosas observaciones sobre todo cuanto nos rodea y circunda en el ambiente social que respiramos; allí en aquella sublime *improvisación*, escrita sobre todas las realidades de la vida desde el seno de la abstracción más absoluta, al estampido del cañón que vomitaba hierro y fuego á su alrededor en el bombardeo de Barcelona; allí, al lado de maravillosos relámpagos de elocuencia, que subyugan el ánimo forzándole á la admiración y compeliéndole al aplauso; allí palpita de tal modo la genial y compleja naturaleza humana, que parece, vista á través de las páginas de este libro, que sorprendemos las elaboraciones del pensamiento y los latidos de su corazón como si fuesen de transparente cristal las paredes del cuerpo humano.

Y en verdad, señores, que siento que los límites de este trabajo, quizás ó sin quizás superiores en extensión á los ya prolijos de vuestra paciencia, no me permitan engarzar aquí, en testimonio de mis asertos, alguno que otro diamante escogido de entre la muchedumbre con que tan profusamente enriqueció sus obras. Porque me asalta, en medio de las prisas con que hilvano al hilo de mi memoria este estudio, el escrúpulo de que cuando me debía remorder la conciencia por no hacer plena y demostrada justicia á los merecimientos científicos y literarios de este escritor, creais, por lo gratuitos, apasionados los elogios que, no impresionado por rápida y fugaz audición, sino rendido á la evidencia después de continua y concienzuda meditación, le tributo. Que tengo para mí como verdad averiguada, que no es Balmes como se le ha querido presentar por algunos, para su gloria, la laboriosa é inteligente medianía que, sin elevarse á las alturas en que el *génio* se cierne, y... alguna vez... se *desvanece*, camina con paso seguro, pero lento, por la áspera y penosa cuesta de la investigación

analítica, en pos de la conquista de la verdad, que otros arrebataron al golpe fulminante de su génio: verdad que luego nos legaron, como sublimes apotegmas, en fórmulas esculpidas por su elocuencia soberana sobre el bronce de la inmortalidad, como artículos del Decálogo intelectual de las futuras generaciones.

Antes por el contrario, de pocos juicios propios estoy en tan plena y tranquila posesión como del que si Balmes aparece como analítico, es porque los juicios sintéticos con que remata y corona sus admirables análisis, no son síntesis falsas como caprichosas y gratuitas, brotadas de los fantasmas de su imaginación ó de los delirios de su musa, creados por la necesidad, digámoslo así, del *consonante*, para uso y justificación de la metáfora y por exigencias de la enumeración y de la paradoja, sino fruto sazonado y maduro, efecto lógico y legítimo, resultado y producto natural de lo que la realidad prensada y exprimida por su formidable inteligencia, sondeada por su escudriñadora investigación y tamizada por su exigente criterio, matemáticamente le arroja como suma comprobada y perfecta.

Y la luz de estas *synthesis*, así elaboradas y producidas, después de tan exactos y minuciosos *análisis* en que tan gallardas muestras supo y acertó á dar de sí el ingenio, no fulgura como relámpagos deslumbradores, en noche tenebrosa, á la manera que en otros autores acontece, sino que esplende y luce serena, como el astro del día en el zenit, inundándolo todo con su luz, que ahuyenta y disipa vencedora las sombras.

Tachar á Balmes de rastrero porque asciende por grados sucesivos á las elevadas esferas de las verdades capitales en vez de intentar su asalto con descabellados é impotentes arranques, como quien dice á *saltos locos*, valdría tanto como preferir el vuelo incierto, rápido é inseguro del avión á la ascensión majestuosa del águila que, alzando su vuelo desde la roca

donde anida, se eleva lenta, pausada y sin esfuerzo hasta mecerse en lo alto del cielo azul, cerniéndose inmovil sobre las nubes.

Dejando ya consignado mi parecer sobre las condiciones intelectuales, y sobre las tendencias científicas de este escritor insigne, impórtame, sobre todo, dejar asentado para mi propósito, y para lo que más se relaciona con el corazón de este tema, que Balmes como *filósofo* propiamente tal, como *historiador filosófico* ó como *filósofo de la historia*, y como escritor de *ciencias morales y políticas*, como *político*, en fin, representó más y mejor que otro alguno en España, el papel de *apóstol* de paz, de conciliación y de concordia, entre las verdades eternas de la religión y las necesidades científicas de su tiempo, entre las tradiciones necesarias y gloriosas de nuestra nacionalidad y las aspiraciones del porvenir, entre los españoles chapados á la antigua y la inexperta juventud que anhelaba impaciente lanzarse por nuevos y desconocidos derroteros, entre las dos Españas llamadas á combinarse para formar unidas la gran nación española, y que de no acertar á entenderse, se habían de destrozarse esterilmente sobre el sagrado suelo de la patria. Como *filósofo metafísico* partía de Santo Tomás, pero lo exponía con vestiduras modernas y cartesianas, dando de mano en las cuestiones que ya no creía de sazón, y asimilándose los más probados adelantos del método inductivo y de la escuela escocesa. Como *filósofo de la historia* y como *escritor de ciencias morales y políticas*, conservaba el dogma fundamental, el espíritu vivificador, el inmortal influjo de la Iglesia, pero lejos de informar con él los viejos moldes sociales y de vincularle á un sistema ó á una edad ó á una institución, demostraba su aptitud para informar, y su conveniencia de que informase, las aspiraciones generosas, las conquistas verdaderas, el advenimiento legítimo de las nuevas clases, que el suceder de las generaciones

en la marcha continua de los siglos, trajese sobre la escena de la sociedad en el Universo mundo. Como *politico*, clamó, dió las fórmulas, trabajó practicamente en la unión de todos los españoles, de la que creía indispensable garantía, preliminar eficaz y corona dignísima, la unión por medio de los regios enlaces de las dos ramas de la *Familia Real*. No podía darse apóstol más activo de la idea generosa de paz fundada en el amor, que había de concentrar todas las fuerzas de la nación en torno de la meta de sus gloriosos destinos. Por eso el carácter generoso, la belleza moral, es lo que más resalta en su apostolado y lo que más caracteriza sus trabajos de apologista.

No. El celo amargo, el satánico orgullo y la soberbia infernal, el desprecio y el ódio que forman los principales elementos de esa *apologética cristiana* (?) que nos amenaza, que no busquen en Balmes sus antecedentes. Presentar al Catolicismo tal como es, noble, generoso, paciente, digno y santo para que atraiga á sí, con el dulce reclamo del amor, á toda inteligencia elevada, á todo corazón digno, á todo espíritu recto, y no presentarle tal y como lo pintan sus adversarios, como escuela de orgullo y de mentira, fué la aspiración y la práctica constante del gran escritor catalán y el secreto del maravilloso influjo de sus obras.

Fué tanto en Balmes el amor á esta unión de todos las españoles, tal su fé en la eficacia de la unión de la familia real, que apenas vió que por imposibilidad moral, según unos, ó por ceguedad culpable, según otros, no se aceptó siquiera su pensamiento, que era, según él, el *Pensamiento de la Nación*, mató su periódico y colgó su pluma, retirándose como soldado que, viendo inevitable la derrota, juzga ocioso ensangrentar más su espada y se cruza de brazos esperando los decretos del vencedor.

Pero Dios le llamaba á más altas empresas. Para

asombro del mundo y pasmo de la historia; como un *mentis* solemne arrojado al rostro de la revolución, Pío Nono apareció en la escena, presidiéndola y dominándola desde el sólio excelso del Pontificado. La libertad y la independencia de Italia, las libertades públicas, hasta el espíritu secularizador, en lo que tiene de legítimo, todo en suma, cuanto pedía y quería la sociedad moderna como ideal de sus liberales aspiraciones, todo lo dió, ó á ello cooperó el santo y nobilísimo espíritu de Pío Nono en la aurora de su largo Pontificado. Los restos del antiguo régimen se conmovieron atónitos ante tan inesperadas sacudidas, ¡todo lo tenían previsto, *todo*, menos un Papa liberal á la cabeza de las reformas! Las muchedumbres, alucinadas por su espíritu generoso, prorrumpieron delirantes en aclamaciones sin fin. La revolución, desconcertada, aplaudió mientras creyó que comprometía al monarca y deshonoraba al Pontífice; le exaltó como proyectil y como ariete contra las formidables murallas de las instituciones que quería derribar, y cuando creyó llegada la ocasión, le exigió que cambiase el báculo de Pastor de la Iglesia universal, por el sable de caudillo usurpador y aventurero; y ante la firme negativa de la dignidad sacerdotal indignada, cambió en *Crucifije* el *Hosanna*, y dirigió contra el pecho del Vicario de Dios y del Washington italiano, el hierro y el plomo de sus sociedades secretas.

¡Momento verdaderamente conmovedor, la alborada del Pontificado de Pío Nono! En vano han tratado de arrojar sobre él los que sólo buscan los éxitos inmediatos y materiales; las palabras de *torpeza política*, y de *escarmiento* y *desengaño*, producidos por las *ilusiones liberales*. Tengo para mí que aquel acto fué el más grande del Pontificado de Pío Nono, con haberlos tenido tan grandiosos después. Aquello fué descender del santuario, penetrar en el real enemigo que pujante se le

acercaba, arrancarle de entre sus manos la bandera con que quería dar sombra gloriosa á sus designios pérfidos y viles, enarbolarla en el altar y decir á su siglo, desde las tristezas del destierro: «Ahí teneis el pago que dá la revolución al que la otorga la libertad por que clama. Desde hoy estoy autorizado para resistir á sus clamores y mirar sólo al bien y á la felicidad de mis súbditos italianos y de la Iglesia de Dios, que en su divino nombre rijo.» ¡Ah, no por cierto; no lo haría tal vez con esta intención y con este designio; pero hasta que sus restos inanimados salieron en procesión nocturna desde el sepulcro en que yacían, para demostrar con el espectáculo de la más indigna agresión al mundo, qué clase de libertad era la de que gozaba en Roma el Soberano espiritual de todos los católicos, no dió más elocuente testimonio á la historia, de que en la historia de las persecuciones de la Iglesia, lo mismo las de los monarcas absolutos que las de la revolución, los pretextos que se invocan para la persecución, son análogos á los que el lobo invocaba para devorar al cordero, siendo el único y más legítimo triunfo del cordero, obligar y forzar al lobo á dar por toda razón las necesidades de su estómago y la pujanza de sus colmillos!

Así debió considerarlo el gran Balmes, cuando él, tan prudente, tan reservado, tan observador, rompió de pronto su sistemático silencio y lanzó, en medio de la sociedad atónita y suspensa, una *voz de paz*, que esta vez sonó como *grito de combate*, formulado en las breves pero fulgurantes páginas del *Pío Nono*.

Era *voz de paz* en favor del *Pontífice*, sospechoso ya á los espíritus violentos y recelosos que viven dentro de la Iglesia sin comprender la fuerza y el vigor que la anima, y era *voz de paz*, más aún todavía en favor de la obra de Pío Nono, que no era en realidad otra cosa que la aplicación á Italia de la doctrina que Balmes predicaba al Universo mundo: «Dar satisfacción á los inte-

reses legítimos, quitando el pretexto á los ilegítimos y realizando la paz por medio de la unión entre los buenos.»

Pero sucedió lo que tenfa que suceder. Los que por equivocación, inconscientemente aplaudfan á Balmes sin entenderlo, sólo porque hacía la apología de la religión contra la impiedad, la revolución y el protestantismo, tragando sin reparar en ellas las concesiones filosóficas, apenas vieron el resultado de su aplicación en el terreno concreto de los hechos, sintieron lo que debie<sup>2</sup>ron sentir los judíos á la vista de los milagros de Jesús cuando vieron que en vez de emplearlos para humillar y darles en posesión el mundo, sujeto á su dominación y á su imperio, los empleaba en dirigir á las almas por el camino de la humildad y de la penitencia. Aquí era también el caso de exclamar como Judas: *Ut qui perditio hæc*, ¿para qué este despilfarro? Si el reinado social de Jesucristo no ha de servir para que reine nuestro orgullo y nuestro interés, ¿á qué santo estamos peleando? Si el triunfo de la religión no ha de ser nuestro triunfo, ¿á qué tanto y tanto combatir? Para que la nueva sociedad se levante sobre las ruinas de la antigua, donde tan cómoda habitación nos habíamos labrado, no valfa la pena de haberla defendido no como quien defiende nuestra casa, sino como quien defiende la casa de Dios... y en breve como sucedió con el divino maestro, los *fariseos* se empezaron á escandalizar... y tanto calumniaron á Balmes, que lo mataron. Apuntaba ya la doctrina que para combatir el error *católico-liberal* (que era el pecado *manifesto* de Balmes), era conveniente y legítimo y no sé si hasta *piadoso*... *difamarle*. Los que llamaban á Pío Nono *Robespierre con tiara*, olieron (ya figuraba entonces el *olfato* como una cualidad de estos evangélicos perdigueros), que había habido *pacto*, *contrato do ut des*, y *precio*. El *bi-rete cardenalicio* eran las *treinta monedas* en que se

había ajustado el *Pío Nono*, y en efecto, Balmes no fué nunca Cardenal, su *Pío Nono* ha sido prohijado en sus opiniones hasta por Donoso Cortés. Lo cual no quita que uno de los periódicos que blasonan seguir las enseñanzas de este último, se jactara no há mucho tiempo de que las *obras todas* de Balmes habían dejado de venderse desde que había escrito el *Pío Nono*, palabras que solamente apunta mos por ser toda una revelación de un *criterio*, de un *procedimiento* y de una *mentira* que se vienen haciendo lugar entre nosotros desde algún tiempo.

### III

Esbozada ya la figura de Balmes, surge ahora la de Donoso, y no quiero empezar á tratarla sin manifestar antes mi profunda antipatía por los habladores estrafalarios, altisonantes y sin ideas, por los filósofos fantásticos é ingeniosos que se dan á inventar y acumular teorías sobre la superficie accidental de las cosas, por los espíritus brillantes, pero *falsos*, que sobre la tabla rasa que hizo la revolución de toda ciencia tradicional, comenzaron á elevar sus fábricas caprichosas, bien así como el que apenas pasado el terremoto que niveló con el suelo la ciudad monumental que alzaba gallardas hasta las nubes sus torres, se apresura á levantar con tanta energía como impremeditación un nuevo pueblo, tomando acá y allá materiales dispersos entre las ruinas, y sobreponiendo, tanto por urgencia como por ignorancia, sobre el mutilado capitel de un templo gótico el fragmento macizo y colosal de una pagoda, elevando así una fábrica abigarrada y soberbia, si buena para guarecerse provisionalmente de las inclemencias de la intemperie, impropia para permanecer como definitiva morada de un pueblo que ha recobrado ya su asiento sobre la alterada superficie de la madre tierra. ¡Que

suelen ser tales edificios fábricas de más aparente grandeza que real solidez, incapaces de ofrecer por largo tiempo seguro abrigo á los dioses, á los magistrados y al pueblo de una ciudad, sin cesar combatida por los vientos desencadenados de los cuatro puntos del horizonte!

Decimos esto para que no se atribuya el elogio y la admiración que, como fieles ecos de la voz solemne de la historia, vamos á tributar al gran Donoso, á la fascinación que pudieran producir en nuestra meridional fantasía las antítesis y las antinomias de su elocuencia, las paradojas de su estilo, las afirmaciones más retóricas que filosóficas de su doctrina, sus juicios absolutos y sus fallos arbitrarios y sin apelación sobre la historia, y aquella como visión intuitiva de iluminado y de vidente con que lanza sobre los horizontes invisibles del porvenir su mirada sobrenatural de Profeta.

Descartando de Donoso lo que le haya podido legar el iluminismo teosófico de San Martín, las apocalípticas visiones del poderoso espíritu de De Maistre, la formidable pero mal asentada lógica de Bonal; considerando como atrevimientos retóricos las proposiciones sofisticas de su doctrina, y atribuyendo á lo que pierde de magia el estilo del orador, cuando á la audición rápida y viva sustituye la lenta y apagada lectura y la silenciosa meditación, el efecto que sus más aplaudidas oraciones nos produce, donde en vez de la espontaneidad que desborda y se impone con el mágico poder de la improvisación creadora que hace tributarios al cielo y á la tierra de sus producciones soberanas, se descubre la artificiosa combinación de un pirotécnico de oficio; descartando esto, repetimos, no podemos menos de confesar que Donoso Cortés, por la grandeza de su alma, por la majestad de su génio, por la grandiosidad de su estilo, por lo hondamente que sentía las magnificencias de la augusta religión, que cantaba, más que defen-

día, mereció, como dice Montalembert, que se le aplicase lo que se dijo de Burke, «que supo colocarse de un solo salto en las cumbres de la gloria,» y reproducir aquí lo más elocuente que se ha dicho de él en castellano, lo que dejándose llevar de su entusiasmo por todas las glorias españolas, consignó Menéndez Pelayo en una de sus obras más celebradas: «Donoso Cortés es la impetuosa extremeña y trae en las venas todo el ardor de sus patrias dehesas en estío. No es analítico, sino sintético, no desmenuza con sagacidad laboriosa, sino que traba y encadena ideas y procede siempre por fórmulas. No siempre convence, pero arrebató, suspende, maravilla y encanta... No hay miedo de confundir sus páginas con las de otro alguno; donde él está, sólo los reyes entran. En ocasiones parece un sofista, y es porque su genialidad literaria le arrastra sin querer á vestir la razón con el manto del sofisma. A veces parece un declamador ampuloso, y no obstante es sincero y convencido. Habla y escribe como por relámpagos, asalta, á guisa de aventurero, las torres de lo ideal, y cada discurso suyo parece una incursión vencedora en el país de las ideas madres: todo en él es absoluto, decisivo, magistral: no entiende de atenuaciones ni de distingos: su frase va más allá todavía que su pensamiento: jamás concede nada al adversario, y en su afán de cerrarle todas las salidas, suele cerrárselas á sí mismo: es de la raza de Tertuliano, de José De Maistre, y ¿por qué no decirlo?... de Proudhon.»

Por tan soberano retrato, que parece escrito en vez de pluma, con el propio pincel de Velázquez, y del que hemos descartado casi todas las sombras para dejarle sólo los rasgos inundados de luz, comprenderéis fácilmente la razón de las recelosas simpatías con que en medio de la lucha apretada que sostenemos con la sabia y hábil impiedad moderna, los partidarios del *ratiobabile obsequium*, tendremos que mirar á este formida-

ble guerrero que así acuchilla sin piedad á los contrarios, confundiendo alguna vez con ellos á los amigos, y así rompe y desordena, sin distinción, las haces, introduciendo la confusión en las batallas, los que adoradores de la antigua táctica de las escuelas, sólo abrigamos seguridad en las victorias, cuando teniendo por base fortalezas inexpugnables avanzan y se extienden las alas de nuestro ejército con orden y sin retroceder una pulgada, pausada pero incontrastablemente al enemigo, envolviéndole en las compactas y bien trabadas masas de nuestras invencibles legiones.

El tradicionalismo escéptico, que informa la elocuencia, ya que no la filosofía de Donoso Cortés, la exageración que le dá el fuego con que brilla, el pesimismo con que se engrandece, podrán ser—para mi gusto no lo son—fuentes abundosas para la elocuencia; pero si no fuera porque Donoso Cortés era católico de verdad, hombre bueno y dulce y bien intencionado, que mitigaba con las solemnes profesiones de su fé dogmática, y con los prudentes procedimientos de su conducta pública el alcance de sus escritos, hubiéramos tenido que colocarle, no al lado de Balmes como soldado en el apostolado de la conciliación, sino como lo colocan la mayor parte de sus recientes admiradores en España, á pesar de su ardiente entusiasmo por la dinastía liberal, y á pesar de las cruces, honores y embajadas que mereció de los gobiernos moderados, entre los partidarios de la intransigencia irreconciliable y feroz con todo lo que no sea volver al siglo indefinido y quimérico que buscado en vano en los anales de la historia, tratan ya de encontrar en los de un invisible porvenir, que hoy por hoy no puede venir á desmentirlos.

Pero por fortuna el mismo Donoso dejó consignado en mil lugares de sus escritos y conversaciones (cuando no le atormentaban los furores sibilíticos de la tribuna) su parentesco, si no en la base doctrinal y en el

procedimiento científico, en el *fin* que se proponía, con el presbítero catalán con que suele emparejarle la historia. Dejando á un lado las más de ellas y pasando por alto sus profesiones de fé parlamentarias que debieran bastar á los *Fouquier-tinviles* del terror ortodoxo, para colocarle entre esos llamados *católicos liberales* que ellos estiman mil veces peores que la *commune*, sólo consignaremos dos textos que por lo elocuentes y lo prácticos habrán de convencer á los más incrédulos en esta cuestión.

Hablando de las divisiones religiosas que el celo amargo y la mala fé de cierta escuela empezaba ya á introducir en Francia por aquel tiempo, escribió en una de sus cartas: «Sí, teneis razón como siempre. Hubo ya en tiempo de Fenelón, hay al presente y habrá siempre, hombres cuyo oficio es ser más realistas que el Rey, más papistas que el Papa y más celosos del servicio de Dios que Dios mismo. Son los *enfants terribles* de la Iglesia y los *enfants terribles* del Estado.» Y en otra carta á un biógrafo francés del ilustre Balmes encontramos estas palabras, que escritas en 1849, poco después de su famosa conversión, con que tantas cosas pretende explicarse, como si no hubiera muerto embajador del partido moderado en París, y en medio de la tempestad de injurias y calumnias levantada contra Balmes, por los *integros* de su tiempo, dice todo cuanto es menester decir para que enmudezcan los que lo nieguen.

«El servicio que Vd. ha hecho á la causa católica, haciéndolo conocer á Balmes, es muy grande: yo se lo agradezco á Vd. como católico, y además como español... Ni le conocí, ni me conoció; pero le estimé y sé que me estimaba... La PROVIDENCIA nos había puesto en partidos políticos CONTRARIOS (suponía sin suficiente razón que Balmes era *carlista* y reivindicaba para sí su filiación *liberal*) aunque poco antes de su muerte la

*religión nos inspiraba* IGUALES COSAS. Yo no sé si usted sabe que cosa de un mes antes de publicar Balmes su escrito sobre Pío Nono, había yo escrito sobre el mismo tema y sobre el mismo asunto BALMES Y YO DIGIMOS LAS MISMAS COSAS, ARTICULAMOS EL MISMO JUICIO, FORMULAMOS LAS MISMAS OPINIONES.»

Después de estas terminantes palabras, los que infamaron á Balmes por este opúsculo llamándole el *Lammennais* español, ¿cómo tienen valor para colocar entre sus predecesores á Donoso?

¡Ah! Sí, es cierto, si prescindimos de su espíritu y de su criterio, de su conducta y de sus profesiones de fé, si sólo nos quedamos con aquellos apotegmas absolutos dándoles todo el valor de tésis metafísicas como aquel de que «La razón y el absurdo se aman con amor invencible,» «El hombre caído no ha sido hecho para la verdad, ni la verdad hecha para el hombre caído» y otras mil atrocidades con sus puntas y collares de blasfemias y sus ribetes de herejías que dejó caer de su pluma ó de sus labios sin parar mientes en su literal significación, ni en su filosófico alcance, entonces tienen razón nuestros adversarios; pero lo mismo la tendrían los partidarios de todas las escuelas, singularmente los del Hegelianismo retórico de uno de nuestros más célebres oradores, pues cuando leemos en Donoso que «El Dios verdadero es uno en su substancia como el indico, múltiple en su persona á la manera del pérsico, vario en los atributos á la manera de los dioses griegos, nos parece que en vez del Patriarca del Neocatolicismo español, estamos oyendo al Pontífice de la democracia española; y aun sin dar un valor técnico y trascendental á estas excursiones piráticas de la retórica por los dominios de la metafísica, nos veríamos casi forzados á colocar en la misma línea de clasificación de los diversos espíritus, el espíritu de Donoso y el espíritu de Castelar, como el de los sumos sacerdotes del

culto idolátrico de la forma, casi estoy por decir de la *música*, ante cuyas arás sacrifican toda verdad científica, histórica y social, toda lógica y toda aspiración que no sea el estupor y el aplauso de los benévolos oyentes. Pero no sería ciertamente justo, ni daría prueba de buena fé, pedir cuentas á la intención de lo que es culpa de la imaginación poética, metida á filosofar, en vez de oír sumisa los fallos de la ciencia y de la razón.

Así es que Donoso, que aún en sus maravillosos triunfos como orador, se resiente de falta de base sólida y científica, donde dió brillante y gallarda muestra de sí, fué en sus previsiones históricas arrancando al porvenir sus secretos, más que por lógica y concienzuda deducción de datos, penosamente inquiridos, por rápida adivinación de su fantasía que, á modo de reguero de pólvora, se inflamaba al primer choque con la realidad, y propagándose de uno en otro grano el incendio, recorría con vertiginosa velocidad grandes espacios en fugacísimos instantes. Tal nos aparece en su correspondencia diplomática oficial y particular, y lo mismo el imperio francés bajo el cetro de Luis Napoleón, que la unidad alemana bajo la hegemonía de la Prusia, fueron, mucho antes que para la historia, realidad, y realidad viva de carne y sangre, para la fantasía adivinadora del gran Donoso Cortés, que mereció por este concepto el título prestigioso de *vidente* que la posteridad tributó al primer marqués de Valdegamas. Asombra, en efecto, aquella absoluta precisión con que describió de antemano ambos sucesos. Y no cabe decir que los vió porque iban ya á suceder ó porque estaban ya sucediendo. Nó; que si el imperio francés se realizó en breve espacio, la unidad alemana se realizó mucho tiempo después, y no era tan público y tan evidente el imperio, que no se burlaran de él, como de una quimera imposible, grandes figuras de la Francia. Si acertó por casualidad ó si lo vió con los ojos de la inteligencia,

es cosa que sólo Dios puede saber; pero que acertó no cabe duda.

Mi parecer es que acertó con la imaginación. De Poeta á Profeta, no hay más que dos letras de distancia. Por eso yo, que no creo en más Profetas que en los de la Religión ni quiero los Poetas para la política, he dicho antes que, reconociendo lo maravilloso de estos aciertos, á mí no me deslumbran. Creo que al hombre se le puede pedir cuenta de todas las deducciones lógicas de un principio en la ciencia. Para ver de antemano con seguridad todas las consecuencias prácticas de un hecho en la historia, es indispensable el auxilio de Dios. Le ha sucedido á Donoso en esto, lo que á Thiers en sus maravillosos pronósticos sobre la política de Napoleon en Italia. Se recuerda su profecía sobre los funestos resultados de esta unidad para la Francia y el imperio; pero se olvidan las muchas otras que profetizó y que aún esperan su realización ó no se han realizado. Si así no fuera, no registraría la historia ese cúmulo de fracasos que constituyen á la larga la historia de las empresas de los grandes hombres. A Richelieu, enemigo por religión, por estado, por patriotismo del Protestantismo europeo, debe el libre-examen su triunfo definitivo y trascendental y su preponderancia en Europa. Napoleon creyó asegurar su dinastía aliándola á la creación de las grandes nacionalidades que acarrearón su ruina, y Bismarck, cegado con la omnipotencia de su poder, emprendió con furia el camino del Kulturkampf, que le ha llevado derecho á Canosa. Interminable sería la lista que se podría formar de los muchos que se han engañado mirando al porvenir. *Sufficit die malitia sua.* ¿Quién le habla de decir á Pilatos, que dejando crucificar á Jesús consumaba la redención del mundo, la destrucción de los ídolos del imperio y el triunfo universal de aquello mismo que creyó aniquilar sin más trabajo que lavarse las manos?

Entran muchos factores en la historia: la libertad humana, que es un factor, es en cada individuo como la voluntad del testador, según nuestras leyes, ambulatoria hasta la muerte, y la Providencia Divina tiene cerrado, nada menos que con siete sellos, el libro de sus misteriosos designios. Saludemos, pues, con asombro la grandeza y poder de la fantasía de Donoso, y celebremos su acierto en esta ocasión... pero no por eso nos entreguemos con fé al pesimismo, á la inacción y al abandono, ante el tristísimo porvenir que nos ofrece el resto de sus profecías desconsoladoras.

El gran poeta contemporáneo Tassara las dejó consignadas como de antemano en una de aquellas apocalípticas sentencias á que tan aficionada era su musa:

«Morir la Europa siento... en su ruina  
otra Europa, otro mundo alzarse debe:  
hácia el ocaso el sol que la ilumina  
el disco torvo y tormentoso mueve.  
¡Libertad santa! ¡Autoridad divina!  
Ambas sucumbireis al golpe aleve.  
Raza de ateos que á luchar nacimos,  
luchamos contra el cielo, y sucumbimos.»

Estas estrofas formulaban en verso los aciagos presentimientos de Valdegamas, de una manera tan precisa, que, como el mismo Tassara nos asegura, Donoso Cortés

«... las aprendió de coro,  
y en tono que el sonido  
recordaba á mi oído  
aquella voz de púlpito y de foro,  
su gran voz de orador, que parecía  
una campana de oro.  
En una de sus cartas familiares,  
entre otras muchas cosas singulares,  
ahora, me copiaba,  
la *furibunda octava*.  
Repitiéndome en términos diversos:  
*Gabriel, caro Gabriel, vuelve á hacer versos.*»

Y esta es otra de las razones para que nosotros des-

confiemos de esas profecías que suele arrancar á la impresionabilidad de estos génius la consideración de los males y catástrofes de la sociedad en que se agitan.

Que lo mismo que el génio profético de Valdegamas acertó á ver en 1840 y en 1851, lo había vislumbrado ya el génio no menos adivinador del conde de Maistre cuando, al entregar su alma á Dios, exclamaba desde su lecho de muerte: «Me muero al mismo tiempo que la Europa. No puedo decir que me voy al otro mundo en mala compañía.» Y, sin embargo, el autor de las *Velas de San Petersburgo*, había consignado entre las previsiones futuras de su génio, y sus apologistas novísimos lo recuerdan para diferenciar su *Providencialismo* del *iluminismo* de *San Martín*, que mientras éste consideraba á la *Revolución francesa* como un *decreto divino* para acabar con la iniquidad del altar y del trono, aquél la consideraba como un *decreto divino* sí, que había entregado la Europa al poder satánico del espíritu de las tinieblas para castigarla, pero de cuyos abismos de lágrimas y cieno había de salir, lavada en su propia sangre, la Europa católica y monárquica, resplandeciente de juventud y de hermosura.

¿Cómo, pues, dar entero crédito y ciega fé á las visiones intuitivas y proféticas de estos Yerofantes, abandonando, para seguirles en el incierto giro de sus varios presentimientos, el firme, sólido é inmutable cimiento de roca en que la perenne filosofía cristiana estriba sus juicios condicionales y relativos sobre los futuros contingentes que ha de revelarnos sólo en su día la historia?

La misma musa de Tassara, que en colaboración con el Diablo y con Donoso, nos dejó consignadas en un *poema* (verdadero y apropiado lugar de tales *poestas*) la misma visión anticipada, en aquella descripción dantesca que termina:

«Y sonó un gran gemido en Occidente,  
y se desvaneció la horrenda tropa,

y quedó una gran losa solamente:  
 AGUÍ YACE EL CADÁVER DE LA EUROPA.»

Si en los comienzos del soberbio canto, del *Nuevo Atila*, nos presenta el *Azote de Dios*, irguiéndose ante la Europa degradada, para apostrofarla, exclamando:

«Tú, de tantas naciones heredera;  
 tú, Babilonia y Nínive altanera;  
 tú, Egipto portentosa;  
 tú, como Grecia, hermosa;  
 tú, como Roma, fuerte,  
 también vas á morir. *Yo soy tu muerte.*»

A los pocos renglones más abajo, continúa esta maravillosa composición, con una conversación del mismo Atila con Dios, en que aquél pregunta y éste contesta las siguientes consoladoras palabras:

«¡Señor, Señor! ¿Es hora de combate?  
 ¿No es hora de piedad y de rescate?  
 ¿No es ya verdad que el *salvador* misterio  
 va á cumplirse otra vez? Y El dijo: *Sea*  
 y llenó su palabra el hemisferio  
 y se volvió á su Dios la Europa atea.»

Dejemos, pues, para la poesía profecías tan delezna-  
 bles, y no fundemos sobre ellas una filosofía y menos  
 una política fatídica por sus intransigencias y decaimien-  
 tos, diga lo que quiera sobre este particular el mis-  
 mo Donoso, que no ya estas profecías naturales sino  
 hasta las sobrenaturales de la Religión, permiten que  
 Nínive, condenada á su ruina por boca de Jonás, haga  
 penitencia y se salve, dejando, aunque sin razón, mor-  
 tificado el amor propio del Profeta; y tengo para mí, sin  
 que esto suene á profanación ni sacrilégio, que si las  
 ballenas de ahora dieran en tragarse como entonces, á  
 los profetas que se equivocan, con ser tan fiera y cruel  
 la persecución con que se aleja á estos cetáceos, los  
 habríamos de ver más á menudo en nuestros mares,  
 atraídos por el sabroso y abundante cebo que les ofre-  
 cerían nuestras costas.

Respetemos, pues, los secretos de Dios, que por algo

veló el porvenir á nuestros ojos mortales, y aun alguno como la hora final, que tantos pseudo-profetas nos predicán, á todo espíritu que no sea el de la primera persona de la Santísima Trinidad, y puesta la mira en el entendimiento racional y en la voluntad libre del hombre, sin desconfiar de la Providencia de Dios, exclamemos con el verdadero Profeta: «*Especta dominum et viriliter age*», ó como traduce la sabiduría popular castellana: «A Dios rogando y con el mazo dando.»

¿Qué fué en suma Donoso para el ultramontanismo español? A nuestro juicio, fué una *calamidad* y una *gloria*. Una gloria, porque la voz de trueno de su elocuencia fulgurante resuena todavía por todos los ámbitos de Europa, como voz de profeta enviado por Dios que anuncia y que comenta las grandes catástrofes con que en el bajo fondo de la sociedad repercuten las blasfemias que se pronuncian en su cima, esculpiendo juntamente con sus fórmulas soberanas, condensadoras de las grandezas de la Religión, el santo nombre de la Iglesia y el glorioso nombre de la patria de que fué creyente y ciudadano. Una calamidad, porque fundó escuela ó mejor que escuela conservatorio de música y declamación, donde se amaneraron la turba de oradores hueros y forjadores de anatemas de relumbrón que pretendían y pretenden resolver los más arduos problemas de la Religión y de la política, con una metáfora altisonante y pesimista en que sobre las ruinas de toda la sociedad, se distingue sólo la misteriosa y olímpica profundidad del génio profético que la formula.

Imitar á Donoso lanzándose á maldecir, sin tener su voz de Profeta, los extravíos de la ciencia, de la civilización, de la razón y de la libertad, equivale á imitar á Velázquez, arrojando con mano vacilante é insegura puñados de color sobre el lienzo. Tan difícil como es la *imitación*, es fácil y casi segura la *parodia*, que no es otra cosa, por lo general, más que la exageración de los

defectos del escritor sin la chispa inmortal del génio que los transfigura y los magnifica.

Balmes, que debe á la pluma de Donoso Cortés su boceto, nos dejó otro á su vez de Valdegamas. El de Balmes está hecho despues de la muerte del gran filósofo cristiano. Lleva la fecha de 1849; el de Donoso se hizo antes de su famosa conversión en 1845. Pero lo breve y sucinto de los dos, lo poco conocidos, el haberse recíprocamente retratado así como de paso y sin intención, y el ser *nuestros dos héroes*, los *autores* y los *sujetos* juntamente, me anima en prueba de imparcialidad, y ¿por qué no decirlo? hasta en abono de mi tesis, á reproducir aquí sus más salientes rasgos en que, como vereis, se dibujan al propio tiempo que la fisonomía de los modelos, la de los artistas que los retratan.

Dice Donoso Cortés en una carta confidencial: «Balmes honra á su patria: hombre de ingenio claro agudo, sólido, firme en la fé, ágil en la lucha, controversista y doctor al mismo tiempo, pocos han merecido como él en este siglo dejar por herencia á las gentes, una buena memoria... Balmes que fué siempre un gran pensador *no había sido nunca un gran artista; sus estudios literarios no corrían parejas con sus estudios filosóficos. Ocupado exclusivamente de la idea, había descuidado su expresión, y la expresión era por lo general en él floja, aunque sus ideas eran grandes. Su estilo era laxo, difuso;* y los hábitos de la polémica, esa *matadora de estilos*, le había hecho *verboso*. Pues bien; en su escrito sobre Pío IX, Balmes levanta de súbito la expresión á la altura de la idea y la idea grande brilla *por primera vez* en él, vestida de una expresión magnífica y grandilocuente. *Cuando Balmes murió, el escritor era digno del filósofo. Medidos por la medida de la crítica eran iguales.»*

Como veis, la naturaleza propiamente *retórica* de Valdegamas resalta en este retrato del autor de *El Protestantismo* y *El criterio*; vereis ahora en el retrato del

autor del *Ensayo sobre el Catolicismo*, resaltar la naturaleza filosófica del Presbítero catalán, al propio tiempo que la de Donoso, pues aunque el boceto de Donoso está trazado, en son de polémica y no de epitafio, y durante el fin de la primer parte de su vida, descuellan y resaltan ya bajo la gráfica pluma de Balmes puestas de relieve con su habitual maestría las condiciones peculiares de la naturaleza literaria del gran orador español.

Escuchad á Balmes hablándoos ahora de Donoso:

«Tomó parte en la discusión el Sr. Donoso Cortés» pronunciando uno de aquellos discursos que, *si no convencen al entendimiento*, cautivan siempre la atención excitando curiosidad é interés. Cuando el Sr. Donoso habla, todas las conversaciones cesan, todos los oídos se aplican, pues *sus discursos no se parecen á nada que no sea ellos mismos*. En todo lo que habla ó escribe el señor Donoso, hay lozanía de imaginación, hay exuberancia de ingenio, hay pompa de estilo, hay énfasis y solemnidad en el tono, sus palabras no son nunca vacías; siempre envuelven un pensamiento; *la lástima* está en que á veces este pensamiento *no es más* que una imagen hermosa ó la brillante chispa que brota de un contraste.

»Las imágenes, *los contrastes*, son una *necesidad* para el talento del Sr. Donoso. Sus pensamientos no puede presentarlos desnudos; ha menester magníficos ropajes. Es tal la afición que tiene á la magnificencia y al esplendor de las formas, *que con frecuencia se olvida del fondo*. Con tal que el *prestigioso castillo se alce con dimensiones gigantescas, nada importa que le falte el cimiento de la realidad*. Por lo que toca á contrastes, los encuentra tan originales, tan bellos y deslumbradores, que se hace disculpar la falta de naturalidad en gracia del ingenio. El Sr. Donoso *no sabe qué hacerse con una idea, por grande que se la suponga, SI ESTÁ SOLA; NECESITA OTRA QUE CONTRASTE CON SIMETRÍA*: los discursos del Sr. Donoso *nadie los escucha para*

*convencerse*, sino para recrearse en su belleza, en su originalidad á veces algo extraña. No pertenece propiamente al sistema parlamentario, es un orador excepcional, *excéntrico*. *De vez en cuando aparece en el mundo político como un astro errante y solitario que recorre una órbita diferente de todos los demás. El cometa atraviesa por entre los planetas, más no se para en el sistema; se lanza á distancias inmensas, á donde se pierde de vista.* Cercano á elevadas regiones, pudieran creer los astrólogos que con su cola luminosa anuncia voluntades del cielo; pero esta creencia sería infundada, no hay más que un fenómeno natural. En los diferentes cataclismos del caos revolucionario, se han desprendido masas que ahora giran con sujeción á ciertas leyes; al Sr. Donoso Cortés le ha tocado una fuerza de proyección mayor que á los otros, y por esto, después de brillar un momento en el sistema planetario, se arroja á la inmensidad de los espacios desconocidos.»

Creo que basta y sobra con el elocuente paralelo que de estos dos retratos resulta, para que quede cada uno en su lugar ante vuestro juicio y la historia, pero séame lícito rematar esta silueta del gran Donoso Cortés, que sospecho no ha de satisfacer á sus exclusivos admiradores, dejando la palabra á otra voz que ligada con él por los vínculos de la amistad y de la poesía, canta, más que describe, la genialidad literaria de esta robusta y eminente personalidad.

Oigamos, señores, un breve instante la voz inspirada de Tassara, que nos pintará en unos cuantos trazos de su valiente pluma qué clase de hombre era aquél:

«Talento colosal, génio errabundo  
por cuanto de alto, de ancho y de profundo  
abarca en su Uníversa monarquía,  
la cristiana y gentil filosofía  
hoy en Europa, con razón, famoso,

(y que tiene por nombre) Juan Donoso.»

Porque si en sus disputas amistosas y familiares:

«Era Donoso la disputa misma,  
jinete en la razón ó en el sofisma  
que al pobre contrincante acorralaba  
con altivez y con mandobles prontos,  
y amaba la disputa, y disputaba  
solo por disputar como los tontos.»

Cuando sonó en el reloj de la historia

«La del año de Dios, cuarenta y ocho,  
santa y feliz revolución de Francia.»

Donoso

«Profeta de aquel vasto cataclismo,  
pero aterrado al contemplar su abismo  
como el condor del Ande, allá lejano  
que la cumbre glacial do fué su nido  
siente titubear, al repetido  
golpe y ténblor del convulsivo trueno  
y se remonta al cielo  
pidiendo en su alarido  
otra cumbre,  
otro nido  
donde posar su vuelo;  
Donoso, así, Donoso  
aquella inteligencia sin reposo,  
zozobrannte bajel de humana ciencia  
que su puerto buscaba en su conciencia;  
atónita la mente  
ante la ola creciente  
que arrasaba los santos Paladiones  
de las viejas naciones,  
y avanzaba á tragarse los altares  
de los cristianos lares;  
en alas de su espíritu se lanza  
pidiendo á Dios venganza;  
anuncia á los mortales  
la suma de los males,  
y blande contra el nuevo paganismo  
la Cruz de un vengador Catolicismo;  
y luego, ya que en la tribuna hispana

fulminó aquellas bíblicas arengas  
*triunfo mayor de la elocuencia humana*  
*que hoy corren tierras y naciones luengas.*  
Soltando en los turbados parlamentos,  
de nuevas tempestades, nuevos vientos,  
hácia París corría  
á ver como subía  
en los hombros del pueblo soberano  
el imperio romano  
al trono de la antigua monarquía.»

#### IV

Expuesto así ya el carácter y la naturaleza intelectual de Donoso, que vino como á ocupar el s6lio del ultramontanismo espa1ol, vacante por la muerte de Balmes, f6cil es rese1ar el resto de las transformaciones del ultramontanismo filos6fico, pol3tico y social entre nosotros, y las relaciones del Estado con la Iglesia y con Roma. El pensamiento fundamental de «dar á Dios lo que es de Dios, y al Cesar lo que es del Cesar», fué, y sigue siendo, salvo una secta que ha aparecido en los 6ltimos tiempos, el lema de los que pelean por Dios contra las argucias y las violencias del *Cesarismo* que apenas se distingue ni en doctrinas ni en procedimientos en los partidarios de Mendiz6bal, de los secuaces de Aranda y de Pombal. Cortadas las relaciones con Roma en los comienzos del reinado de do1a Isabel II y entregada la direcci3n de los asuntos eclesi6sticos á la famosa *Junta* de regalistas, formada por Garelly, triunfantes las *logias* y las *ventas* en su prop3sito de liberalizar el pa3s con el pu1al y con el garrote, incendiados los monasterios por las turbas asalariadas, arrojados á los cuatro vientos los tesoros que representaban los llamados bienes nacionales, abolidas las instituciones religiosas y decretada la extinci3n de los regulares, hu6rfanas casi todas las iglesias de sus leg3timos Pas-

tores brutalmente atropellados y perseguidos y entregadas á la dirección de gobernadores intrusos y populacheros, abolido el diezmo, despojado el Clero regular después del secular, expulsados ó encarcelados en masa los Cabildos, parecía ya llegada la hora de coronar la empresa con las últimas parodias de la Convención, cuando el partido moderado, que había hecho de la concordia con la Santa Sede uno de los principales artículos de su credo, empezó la série de medidas reparadoras dentro del círculo de lo posible, como la de devolver los bienes no vendidos al Clero y reanudar las relaciones oficiales con Roma, cuya total reconciliación con la reina se llevó á cabo con los dos actos más trascendentales y gloriosos, en este orden de cosas, del reinado de doña Isabel II, ambos á dos debidos á aquel cuyo nombre llevo con orgullo, y que fueron la *Expedición militar á Italia* para restablecer al Pontífice en su Poder temporal y el *Concordato*.

La revolución de 1854 volvió á reproducir, como siempre, al son del *Himno de Riego* que llegó á titularse la *Marcha del Nuncio*, la guerra á los curas que con el morrión de la Milicia Nacional componían los dos artículos de fé del dogma progresista, hasta el punto inverosímil y extraño por un lado de desterrar á Canarias al Obispo de Osma por haber citado en una Pastoral la bula *In Coena Domini*, y de votar por otro sin asomo de necesidad, la *base segunda*, primer atisbo librecultista después de la terminante declaración dogmática de la Constitución de 1812 y de la fría é indiferente preterición diplomática de la de 1837.

La contrarrevolución de 1856 volvió á restablecer la *unidad católica* y el *Concordato*, más un *convenio adicional* favorable á los derechos y libertades de la Iglesia y ya continuaron más ó menos cordiales, según la ortodoxia de los Gobiernos, nuestras relaciones con Roma hasta la revolución de 1868.

Si contra la revolución de 1834 y de 1848 habían resonado las voces de Balmes y de Donoso Cortés, contra estas últimas revoluciones no pudieron ya resonar, porque las había devorado el sepulcro. Voces elocuentes, aunque aisladas y sin autoridad por sus antecedentes y su historia, y por la falta de ciencia que las caracterizaba, y publicaciones satíricas, chispeantes de ingenio y de sal, fueron las únicas auxiliares de los clamores de la Iglesia en la contienda religiosa. Entonces se dió á conocer Nocedal que, olvidando sus errores febronianos y jansenistas, había pasado á ser, de progresista y miliciano nacional, uno de los campeones más decididos y valientes del partido *moderado histórico*, fundador de lo que se llamó *neocatolicismo* después, y últimamente, pontífice láico del *integrismo carlista*. Sus campañas en las Constituyentes del 54, si no acusan ciencia filosófica ni social, acusan un valor, un ingenio y un carácter á toda prueba, juntamente con una palabra incisiva y una asombrosa serenidad para hacer frente á los demagogos de la tribuna. Y poco después, con motivo del reconocimiento del reino de Italia, resonó, con tanta elocuencia como autoridad, la inolvidable voz de Aparisi, que parecía la voz maternal de la antigua patria española, llamando con lágrimas en los ojos y con amorosa voz, en torno de la enseña salvadora de la cruz, á todos sus descarriados hijos. Era Aparisi, más que un orador, un predicador en el sentido sublime de la palabra. La unción evangélica fluía de sus labios como de los panales la miel, infundía cariño, veneración y respeto su elocuencia; su voz resonaba como bajada de lo alto. Parecía un padre exhortando á sus hijos, y á lo castizo de sus ideas y de sus palabras, á lo recto y nobilísimo de sus sentimientos y de sus acciones, se unía, como á modo de sal, algo de aquel ingenio picaresco que inmortalizó el nombre de Quevedo en los fastos de la literatura española. El predijo con

voz como de profeta el advenimiento de la revolución que calladamente se nos acercaba. El tronó con acentos sublimes de indignación generosa contra la falsificación de la unidad italiana bendecida por la religión, y consagrada por la historia, por esa otra unidad hecha en provecho del menos italiano de sus príncipes y sobre las ruinas del Poder temporal del Pontificado, lo más grande y lo más italiano de Italia, y el lazo más vigoroso de su verdadera unidad; y él, en suma, idealizando de buena fé una de tantas impuras realidades como se agitan en el suelo de los intereses políticos, unió estrechamente el catolicismo español con un partido político, poniendo así involuntariamente los cimientos del *Cesarismo* que lo había de rechazar poco después por demasiado *ultramontano*. Balmes con Aparisi y Donoso con Nocedal, tienen varios puntos de contacto, aunque los separan algunas diferencias, pero en ellos se puede condensar la historia del ultramontanismo político durante nuestra revolución.

En Balmes como en Aparisi resplandeció el espíritu Nacional. Eran españoles de raza en su doctrina y en sus obras. Donoso Cortés y Nocedal reflejaban más las importaciones extranjeras. Balmes y Aparisi aspiraban sobre todo á persuadir, á convertir, á conciliar. Donoso Cortés á deslumbrar y Nocedal á confundir y á destruir al enemigo.

Balmes y Aparisi nacieron y murieron católicos y ultramontanos. Donoso, dicen que se convirtió, aunque yo me resisto llamar conversión á un redoblamiento de fervor ante el lecho de muerte de su hermano. Nocedal debió convertirse también, pero no consta la abjuración de sus pasados errores, y eso que eran de bulto á juzgar por lo que nos dejó escrito en materia de religión en sus discursos y sus obras, pero pasó de hereje á inquisidor con tal furia que cuando murió ya nada le quedaba por quemar excepción hecha de su propia efi-

gie. Tenía con Donoso, Nocedal un parecido y una diferencia. Los dos habían servido al régimen liberal y no se arrepintieron de haberlo servido. Donoso Cortés murió *moderado* en política. Dice que iba á ingresar en la compañía de Jesús cuando le sorprendió la muerte, pero lo cierto es que murió de embajador en París representando cerca de Napoleon á doña Isabel II. Nocedal murió, al parecer, carlista, pero ya el carlismo había dejado de ser el partido de las reivindicaciones ultramontanas enfrente del cesarismo de la revolución, para convertirse en la secta cesarista y cismática que há visto sus órganos en la prensa tantas veces condenados por la autoridad eclesiástica de los Prelados y de la Santa Sede.

En Balmes sobresalía el pensador, en Donoso el orador grandilocuente, en Aparisi el poeta y el hombre de bien, en Nocedal el abogado. Balmes combate con la razón, Donoso con la imaginación, Aparisi con el sentimiento, con el ingenio y con la frescura Nocedal. Balmes era un polemista, Donoso un profeta, Aparisi un predicador y Nocedal un diputado.

Por eso debió el ultramontanismo español á Balmes su doctrina, á Donoso su gloria, á Aparisi su inmensa fuerza de atracción y á Nocedal la victoria en las luchas estratégicas del Parlamento.

La historia, que sólo toma los nombres como *símbolos*, colocará el nombre de Balmes entre los grandes apologistas de la civilización cristiana; el nombre de Donoso entre los inspirados profetas que arrojaron su palabra de fuego sobre las Menades delirantes de la revolución, anunciando al mundo los días apocalípticos de la justicia divina; el nombre de Aparisi entre los hombres de buena voluntad que hacían de la buena fé su código y que dedicaron á la verdad todos los latidos de su corazón y todas las iluminaciones de su inteligencia; y el nombre de Nocedal entre los de los celosos

neófitos fundadores de sectas que han pretendido imponer su voluntad y su opinión como decisiones dogmáticas de la Iglesia.

La revolución de 1868. Aquella tristísima explosión del espíritu revolucionario, que saliendo al exterior por el respiradero de las sublevaciones militares, puso en tela de juicio todas las cuestiones, desde la religiosa y la social, hasta la de forma de gobierno, volvió á traer sobre la escena de nuestras discordias políticas la ya casi resuelta *cuestión dinástica*.

Los atropellos y violencias contra la religión, compañeros inseparables de tales trastornos, resucitaron los antiguos odios y dieron motivo y pretexto á los violentos para lanzarse á la guerra civil. Una vez en la montaña, la cuestión religiosa se vistió de cuestión dinástica y hémos aquí vueltos al año 36. Este suele ser el progreso de las revoluciones.

Restaurado por necesidad unánimemente reconocida el trono de D. Alfonso XII, vencida por las armas la causa del pretendiente en favor de los derechos del rey su primo, volvió á quedar planteada la división de la familia real, de los monárquicos y de los católicos, á cuyo favor únicamente han prosperado, prosperan y prosperarán la revolución y la impiedad en España.

Entonces surgió el pensamiento que se conoce con el nombre de *unión católica*, que no es otro que buscar esa *unión* por encima y por fuera de esas inevitables divisiones, separando así la suerte y la fuerza de la Iglesia de toda causa política, y llevando al terreno de la paz, de la ley y de la razón, la causa de la verdad, de la justicia y del derecho.

Saludaron este pensamiento con júbilo los *hombres de buena voluntad* del mundo entero, porque veían en él no sólo la salvaguardia de las conciencias, sino la garantía de la paz y el triunfo definitivo de la justicia. Pero bramaron de consuno la *impiedad revolucionaria*

que sólo vence dividiendo, y siempre necesita de un pretexto para poder perseguir, con otro nombre, á la religión y á la Iglesia, y la *fracción política* que viviendo de la sávia de la religión, veía escapársele de entre las manos el monopolio y la explotación de tan sagrados intereses.

La historia de esta lucha es triste para la religión, y quiera Dios que no lo sea más para la Iglesia y para la patria. Pero en el ardor de una pelea en que se ha echado, contra la *Unión*, mano de todas las armas vedadas para la fé y áun para el honor, sus adversarios han olvidado su papel, han abandonado su campo, y sea lo que quiera lo que suceda, su triunfo no sería ya hoy el triunfo del *ultramontanismo español*, sino el triunfo del *cismontanismo francés*; su victoria no sería la libertad de la Iglesia de las invasiones del Estado, sería la victoria de un Estado, invasor á su vez, sobre otro; sería el triunfo de un nuevo *cesarismo* que proclama la identidad de la causa del Rey con la causa de Dios, y lo que es más su dependencia.

¿A dónde quedan ya, no sólo las sábias, prudentes y cristianas aspiraciones de Balmes, sino hasta las exajeraciones de Donoso... en frente de este *iluminismo idólatrico demagógico* y brutal que porque combate contra una organización política contraria, negándola el aire y la luz, abate y sacrifica, llevado de sus odios, todos los derechos de la religión y de la Iglesia, en aras de la suya, realizando así lo mismo que maldice y es causa de su loca y ciega exaltación?

No, el *ultramontanismo español* no puede contar en su seno, so pena de perder hasta la significación tradicional de su nombre, cuanto más la pureza de su doctrina y el honor de su historia, á *esa secta* cuyo principal crimen, á nuestros ojos es, no tanto la discordia, la desunión, y áun el *cisma*, que viene sembrando en nuestra patria, como la justificación aparente que pro-

porciona á todas las acusaciones de la impiedad haciendo buenas sus calumnias, al presentar al catolicismo, en vez del astro de luz que todo lo ilumina, lo vivifica y lo alienta, como el caos tenebroso y profundo del que sólo salen ódios, rencores y maldiciones, que sueña á veces á verdaderas blasfemias.

Por fortuna, aunque sistemáticamente las desfiguren, tergiversen y desobedezcan, por encima de estos horrores se levantan las hermosas Encíclicas de León XIII, vindicando las eternas y fecundas bellezas de la amplia y generosa doctrina que informa la divina religión del Crucificado.

La piedra fundamental de la discordia es, como sabéis, la palabra *liberalismo*. Porque el *Syllabus* condenó como una cuestión de conducta ciertas proposiciones *relativas* al liberalismo, los enemigos de la religión que la quieren presentar como invariablemente unida é identificada con el despotismo, y los enemigos de la libertad, que quieren presentarla invariablemente unida é identificada con la impiedad, se pusieron de acuerdo para gritar que *todo liberalismo* está condenado por la Iglesia, que es opuesto *totalmente* á la religión, y que *cuanto más católicos* sean los liberales *tanto más* se les debe de considerar como los *peores* enemigos de Jesucristo.

Si esto, en todas partes y en todo tiempo, era una atrocidad y un absurdo ante el espíritu y la letra misma del texto, en el siglo en que estamos, en que se entendió por sistema *liberal* el sistema *representativo*, y en España en que se llamaron *liberales* durante *dos largas guerras civiles* á los *partidarios de la rama legítima* enfrente de los *partidarios de la otra rama*, bautizados con el nombre de *tradicionalistas*, era, más que un absurdo y una atrocidad, un sacrilegio en el que *jugando del vocablo* con las decisiones dogmáticas de la Iglesia de Dios, se caminaba á la descatalogación de los españoles y á la divinización de una forma de go-

bierno, de una dinastía, de un partido y de un pretendiente, vencidos por dos veces ya en los campos mismos de batalla.

«*El liberalismo es pecado.*» Hé aquí el grito de guerra hoy, arrojado por esa secta, que, con la lógica de su uso particular, califica cómodamente, después, de liberales á todos los fieles, sacerdotes, religiosos, prelados y pontífices, que no se someten á sus miras y decisiones, y á los que luego insulta y difama en nombre de la caridad, porque su moral, de acuerdo con su lógica y su dogmática, considera la *difamación* como uno de los elementos del apostolado evangélico.

Doctrina que á tales extremos conduce y tales aberraciones proclama, lleva en sí misma su deshonra y su muerte, y el historiador concienzudo no puede considerarla ya más que como una de tantas sectas que imbuidas del espíritu de Jansenio, asolaron la Iglesia de Dios en todo el curso de la historia. El político verá en ella uno de los más preciosos auxiliares de la revolución en nuestra patria, y el católico una de las causas más activas en el desarrollo de impiedad que nos invade. ¿Qué tienen que ver con estas miserias espirituales, estas ruindades del ánimo apocado y estos *tiquis miquis* raquíticos, las grandiosas creaciones de San Agustín, las serenas y luminosas construcciones de Santo Tomás y los amplios, generosos, armónicos, templados, prudentes, conciliadores y sublimes preceptos del Ultramontanismo católico, que proclama la santa independencia y libertad de la Iglesia, la soberanía perfecta del Estado, la indispensable armonía entre ambas potestades, el bien común como razón primera y fin único de los gobiernos; el Progreso moral del hombre como ser social, como objeto exclusivo, de las sociedades; la tiranía como el más nefando de los crímenes; la participación del mayor número á la mayor felicidad posible, como la aspiración de los poderes; las

libertades públicas como la mejor garantía de los derechos naturales; la generalidad del voto como el mejor modo de sufragio; la corporación y la herencia como las más sólidas y fecundas instituciones sociales; la monarquía temperada por la aristocracia y la democracia como el mejor de los gobiernos, y la alianza de la fé y la razón, de la Religión y de la ciencia, como el mejor auxiliar de la verdad divina y como la mayor garantía de la verdad humana?

En verdad, que desde los tiempos de Juliano el Apóstata hasta ahora, no se había discurrido un arma más envenenada contra la Religión. Juliano prohibía el estudio de las ciencias á los cristianos, porque, á la par que temía su elocuencia, quería que aparecieran ruidos é ignaros ante la sociedad, para que ésta los despreciase. En medio de la incredulidad triunfadora de hoy, se trata de que el católico, en vez de oponer la ciencia y la razón á la fuerza; la dulzura y la mansedumbre á la violencia; la prudencia y la paz y la conciliación á la exaltación revolucionaria, dé la razón á sus detractores, presentándose como un epiléptico fanático intransigente y feroz, que en vez de esperarlo todo del apostolado evangélico, de la bondad de su causa y de la gracia divina, lo fie todo al brazo más impotente cada día, de un pretendiente, que sólo podría levantar su trono sobre las ruinas de la patria, después de los horrores de una tercera ó cuarta guerra civil.

Dígasenos, después de esto, si andan muy lejos de la verdad, los que consideran ciertas «letanías» de los periódicos *integristas*, como el mejor auxiliar de las «Flores místicas» de *El Motín*, y de *Las Dominicales del Libre Pensamiento*.

Por fortuna, el porvenir de esa secta no puede ser dudoso para los que atentamente han estudiado la historia. Podrá dar días de luto á la Religión y á la patria, como se los dieron los sectarios, *íntegros* también, del

jacobinismo francés, en los días sangrientos del *Terror*. Pero la misma ley ineludible y fatal que hizo á aquellos guillotinarsé mutuamente, por *sospechosos de reacción*, hará á éstos anatematizarse recíprocamente, también, por *sospechosos de liberalismo*. Aquéllos, *arrastrados* por su mismo proceder, tenían que *guillotinar* para no ser *guillotinados*, apareciendo sospechosos de tibieza en su culto y en su devoción á *la santa guillotina*; éstos, víctimas de idéntica necesidad, tienen que *excomulgar* para no ser *excomulgados* como *integros poco excomulgadores*, esto es, como sospechosos y *mal olientes* de *catolicismo liberal*. Cuando ya hayan agotado la materia *excomunicable* como aquellos la *carne del suplicio* (y ya no creo que, en realidad, falta más que alguno que otro Papa), tendrán que dedicarse á excomulgarse á sí mismos, consistiendo toda su habilidad en ganarse la delantera, siendo el último y supremo excomulgador, el que más cabezas ostente, el último y el *más integro* de los católicos de esta laya, que podrá, desde el seno de su soledad ortodoxa, predicar la intransigencia feroz, la guerra civil y la conquista y debelación, por la irresistible fuerza de su *solo brazo*, del *Universo Mundo*, conquistado así á la Iglesia y á la Religión, por tan hábil, fecunda y salvadora política.

## V

Permitidme, señores, que haga alto al llegar aquí para despedirme de vosotros.

Hemos llegado ya más allá del límite prudente de nuestras investigaciones. Estamos del lado de acá de los umbrales de la sociedad en que vivimos. Ya hemos dejado muy atrás el último de los sepulcros. Bástenos, pues, á todos, al dirigir una última mirada de adios alrededor de nosotros mismos, saludar en el partido liberal dominante, la cordura de interrumpir la tradición

de sus inveteradas rencillas de *vieja de vecindad* con la Iglesia, y asombrarnos ante el espectáculo que nos ofrece el partido carlista, *el único partido católico* según él, cayendo en lo peor del *liberalismo* que combate, ó sea en el *cesarismo* más opuesto al *ultramontanismo* de que blasona; y si el alejamiento de las doctrinas de Balmes y de los ejemplos de Donoso ha separado á la parte indocta del ultramontanismo español de los procedimientos simpáticos de Aparisi, para despeñarla por los repulsivos derroteros de Nocedal, que casi desembocan ya fatalmente en el *cisma*, en cambio, á la cabeza de la Iglesia, en el s<sup>o</sup>l<sup>o</sup> pontifical, se destaca imponente y grandiosa la figura que Europa y todo el mundo acaba de saludar con veneración, con respeto, como la encarnación del único poder divino sobre la tierra, la gran figura de León XIII, que mientras tiende generosa una mano á los gobiernos de todos los pueblos de Oriente y Occidente para ayudarles en su obra magna de pacificación, traza con la otra á los fieles, en sus luminosas enseñanzas, el *camino*, la *verdad*, y la *vida* de la gran reconstitución cristiana que desligando á la religión de toda solidaridad con los partidos políticos, trabando con apretados lazos de *unión* los corazones de los creyentes y señalando á las escuelas donde se forman los jóvenes levitas del porvenir, la ciencia racional que ha de informar las inteligencias de los futuros doctores de la fé, llamados á iluminar y dirigir la marcha de las generaciones cristianas, define y consagra el *credo*, al mismo tiempo que realiza el *ideal* del legítimo ultramontanismo católico.

Y esta ciencia que ha de ser en el porvenir como el alma que vivifique y anime, informándole de la cabeza á los piés, el ultramontanismo futuro, con toda la trascendencia que como sabeis alcanzan sobre las cuestiones religiosas, políticas y sociales, los más abstractos principios metafísicos, no será ya, permitidme que me

regocije en mi corazón, el sentimentalismo estético de Chateaubriand, el providencialismo místico, expiatorio, iluminado y profético de Maistre, el tradicionalismo absoluto de Bonal, el espiritualismo espiritista de Görres, el hegelianismo cristiano de Günther, el espiritualismo psicológico de Gallupi, ideológico de Rosmini, ontológico de Gioberti, ni siquiera el semi-tradicionalismo de Raulica y de Bautain, ni el ontologismo mitigado de Lobaina, ni el platonismo cartesiano y ecléctico francés, ni ninguna de las varias, inciertas é incompletas ó extraviadas direcciones que aspiraron á ser la definitiva filosofía del espiritualismo ortodoxo, enfrente del racionalismo devastador que hoy se pierde en los tenebrosos abismos del *Monismo* contemporáneo, sino la perenne filosofía cristiana, la gran filosofía de las escuelas, la filosofía de Santo Tomás restaurada ya en nuestra patria por el insigne filósofo español Fray Ceferino González.

Que no habría dado cumplido fué á las exigencias del tema de la *conferencia* que me habeis encomendado, destinada á consignar las transformaciones del ultramontanismo español en el transcurso de este siglo; si porque gracias á Dios, vive todavía, hiciese caso omiso del humilde Fraile de la Orden de Santo Domingo de Guzmán, que ha venido á completar con su nombre, la augusta trinidad de los pensadores católicos y españoles que han alcanzado celebridad europea en nuestros días.

Saludemos, pues, señores, saludemos con la voz del patriotismo siquiera, al lado de Balmes como el gran roturador de los eriales del error y del sofisma, al lado de Donoso Cortés como la voz de bronce del gran Heraldo de Dios que convoca á los pueblos y á las gentes en torno del Arca Santa de la verdad, errante, cobijada bajo la tienda en el desierto, al silencioso y esforzado obrero que, con la vista fija en los eternos principios de la especulación metafísica, sin prestar oído á las voces del interés y de la pasión, levanta con segura mano,

colocando á plomo sobre los indestructibles cimientos de la realidad los grandes sillares de la ciencia, el inexpugnable Alcázar de verdad católica entre nosotros.

¡Gracias á él, ya tiene abrigo y base en la España de nuestros días la cruz y los cruzados de la civilización, baluarte fortísimo en que resistir y donde guarecerse para pertrecharse y ofender á los partidarios del error, en sus correrías por las tierras de la impiedad!

¡Que de este alcázar formidable saldrán, no lo dudeis, en su día, los grandes campeones que han de inmortalizar su nombre en los grandes combates por la verdad que estamos llamados á presenciar dentro de poco!

¡Que en vano nos aparece, hoy por hoy, clara y transparente la atmósfera, sereno y apacible el cielo, que no es necesario tener muy perspicaz la mirada, para divisar en los horizontes del porvenir la nubecilla precursora de las formidables tormentas revolucionarias!

Puede haber paz entre la monarquía absoluta y liberal y la Religión, puede haber paz entre la república unitaria ó federal y la Iglesia, no puede haberla entre el *Cesarismo* y el *Cristianismo*, y el cesarismo es hoy como siempre la última palabra de la revolución religiosa.

Y aunque hoy sean las que con mayor arrogancia llamen imprudentemente la lucha, y acaso acaso las que si no la llegan á justificar, lleguen á hacerla inevitable por lo menos, las voces del integrismo intransigente carlista, cuando suene la hora definitiva y suprema de la batalla, ya lo vereis, ante la solemnidad de la ocasión y ante la grandeza del peligro, callarán (si nó por falta de esfuerzo en sus autores que variarán de metro y de musa de seguro) por su radical incapacidad para el combate, todas las filosofías raquílicas, todas las apologías de plazuela y todas las obras bufas que hoy llevan la palabra tan alto en algunos centros del Catolicismo español.

Porque si tales doctrinas son á propósito para *marear* á inocentes suscriptores al amor de un brasero y á la luz de un velón en el rincón de una sacristía, ¿quién osará en la hora suprema y decisiva de los grandes combates, hacer frente á la sabiduría de la impiedad, al empuje de la revolución y á la omnipotencia del cesarismo soberbio, en vez de las armas forjadas por San Agustín y Santo Tomás, con las *teologías* de Orti Lara, los escritos *flamencos* del P. Gago y las *aleluyas bíblicas* de Carulla?

No. En tan solemnes ocasiones, cuando brama desencadenada la tempestad, apagan su graznido los cuervos y dejan de chirriar las cigarras; en esas horas supremas de la Naturaleza perturbada, sólo se hace oír la voz soberana del León y el grito audaz y penetrante del Aguila.

Grito y voz que no pueden ser otros que la voz y el grito del eterno *teísmo espiritualista cristiano*, que uniendo en un solo esfuerzo la luz divina de la fé y la llama esplendente de la razón, asciende por todas las gradaciones del ser en la escala de la realidad, desde los primarios principios lógicos y ontológicos, á Dios, y descendiendo desde allí á las dos esferas de la creación, para entrar en el seno de la unidad humana que las enlaza, esparce su mirada por los ámbitos de la historia, se cierne sobre la excelsa cumbre del Calvario, y siguiendo en su curso la marcha de las generaciones en las sociedades que caen del lado de acá de la Cruz, dicta la última palabra de la religión y el primer principio generador de todas las libertades, contenidos en el dogma supremo del ultramontanismo: A saber: *La separación absoluta de los dos poderes en toda clase de personas, excepto en aquella eterna y privilegiada ciudad en que, según la gráfica frase de un liberal insigne, «es necesario que permanezcan unidos, para que sigan separados en el resto del mundo.»*

Y entonces, cuando llegue esa hora, al ver enfrente de las legiones de hierro del *Divus Cæsar*, debelador de todos los derechos naturales y de todas las libertades públicas, en medio de la universal sumisión y envilecimiento de los espíritus acobardados, erguirse tranquilo y sereno en su fuerza y sublime en su dignidad al *Ultramontanismo católico*, proclamando con voz clara y firme los inmortales derechos de la conciencia y las eternas libertades del espíritu, del ciudadano, de la familia y de la sociedad, al verlo oponiendo á los *decretos de la fuerza legalizados por el capricho del príncipe*, los imprescriptibles fueros de la razón y de la justicia, al verlo ante la eterna acusación de *faccioso* lanzada en son de justificación y de excusa, tender los ojos al cielo, el cuello al verdugo y el tributo al César, los espíritus rectos y los corazones generosos, la *Iglesia invisible de los hombres de buena voluntad*, deponiendo injustas prevenciones é infundadas sospechas, acogerán sin recelos y sin alarmas su voz, y desvanecidas las nieblas con que la pasión y la discordia ofuscaban sus entendimientos, reconocerán todas las armonías con que la fé y la razón, la autoridad y la libertad, el Estado y la Iglesia esplenden en el seno luminoso y sublime del *Orden cristiano*.

Y concretándonos á la esfera propia y más importante del tema, reconocerán que siendo *uno* con *unidad* de sustancia de naturaleza y de persona este *compuesto humano* que se llama *hombre*, siendo *uno* su último y supremo *fin* ó sea la *finalidad* humana, por más que sean dos *elementos componentes* del *supuesto* y varios los *finés secundarios* por que se desarrolla y actúa, si tienen que ser *dos las potestades que le rijan*, si tienen que ser necesariamente *soberanas* en sus respectivas esferas, si por razón de *superioridad* en la *naturaleza del sujeto* y por *superioridad de origen* y por *superioridad de fin* co-

responde la *primacia* á la Iglesia, es *indispensable para todos su soberana inteligencia, su recíproca conciliación y su salvadora armonía*. Que si en *principio* es fácil *distinguir* ya que no *separar* los límites de su jurisdicción respectiva, como es fácil distinguir (ya que separar es obra y da por resultado la muerte) el espíritu de la materia en el hombre, en la vida es imposible llevar á la práctica esta distinción, pues siendo como se vé manifiesta la voluntad soberana de Dios de que *obren combinadas con la unidad de composición* que da por resultado la *armonía*, el IDEAL perfecto y acabado que resplandece en el ORDEN, solo se puede realizar cuando ambas potestades, estrechándose amorosamente las manos, aunan y combinan sus fuerzas para llevar á la humanidad á la civilización por la paz, y al hombre á su objeto, que no es otro que la espléndida y legítima manifestación de sus grandiosas facultades sobre la tierra, como medio infalible de realizar su *único FIN*, la suprema satisfacción de todos sus anhelos, con la plena y segura posesión del bien absoluto, infinito y eterno.

Y entonces resplandecerá aclamada por todas las conciencias aquella escuela de espiritualismo, de lógica y de caridad, hoy tan desfigurada y calumniada; y la historia, empuñando su estilo, volverá á saludar en el ultramontanismo cristiano, según la definición textual del ilustre Manning, «*el acto divino que redujo á su legítima esfera al cesarismo pagano enemigo de Dios, y tirano destructor de todas las libertades del hombre.*» He dicho.